

28-11-1865

Abil 25/65

# FABULAS

MORALES, POLÍTICAS Y LITERARIAS,

EN VARIEDAD DE METROS.

POR EL DOCTOR

D. HILARIO BLANCO.

MADRID.—1865.

9124  
Ley 1847

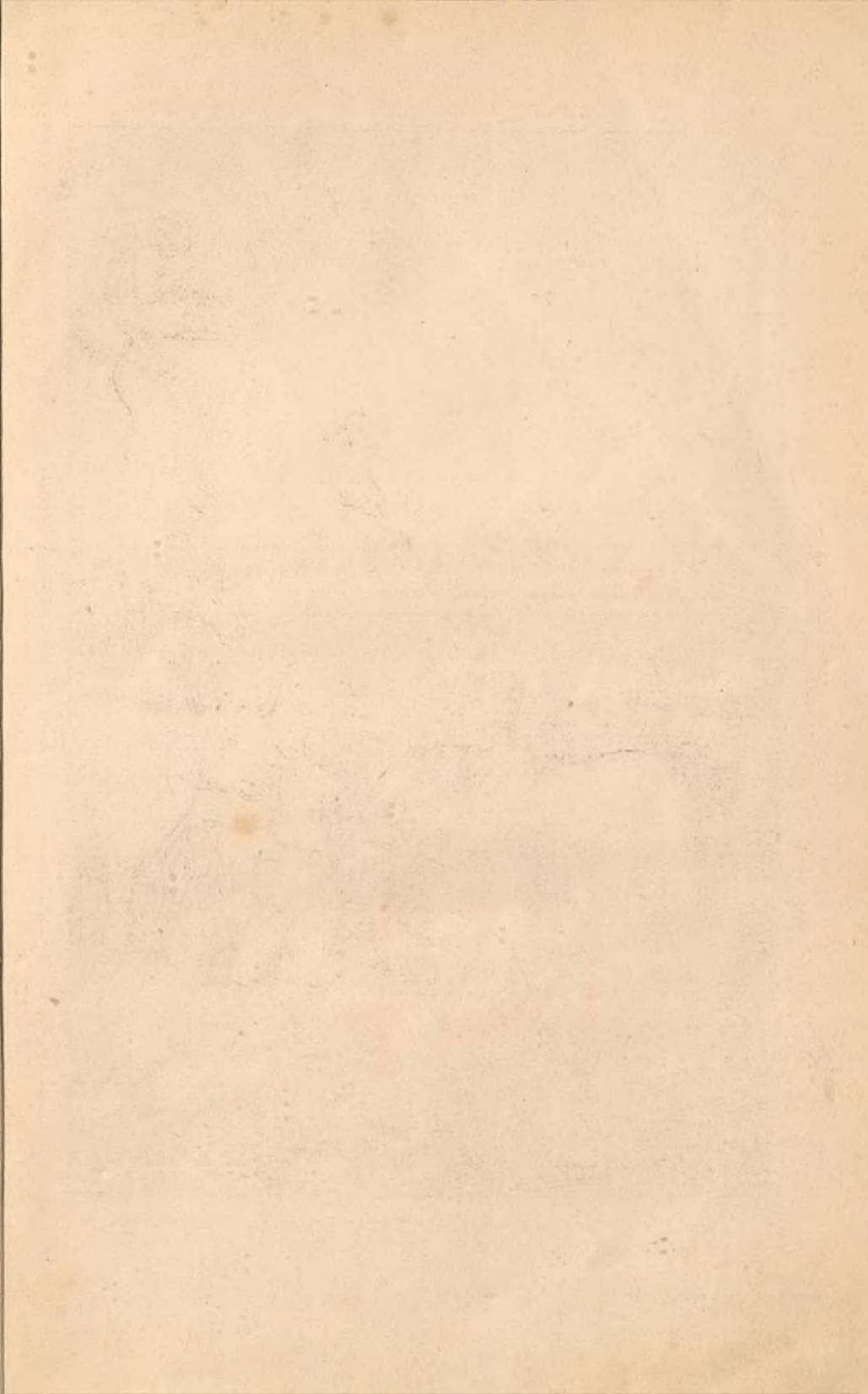
2721

---

Esta obra es propiedad del Autor, quien perseguirá ante la ley al que  
la reimprimiese sin su consentimiento.

---

BOHARES, POLITICAS Y LIBRARIAS.





# FÁBULAS

MORALES, POLÍTICAS Y LITERARIAS,

EN VARIEDAD DE METROS,

POR EL DOCTOR

**DON HILARIO BLANCO,**

Caballero de la Real y distinguida Orden española de Carlos III, individuo del claustro de la Universidad Central, Examinador Sinodal de este Arzobispado y otras Diócesis, Capellan de Honor y Predicador de S. M., etc., etc.

---

Con permiso de la autoridad eclesiástica.

---

MADRID.—1865.

---

Imprenta de D. Gregorio Hernando, Isabel la Católica, n.º 40.

FÁBULAS

MORALES, POLÍTICAS Y LITERARIAS

EN VARIEDAD DE METROS

por D. MARIANO

Calumniari si quis autem voluerit,  
Quod arbores loquantur, non tantum fera,  
Fictis jocari nos meminerit fabulis.  
Quod risum movet.... vitam consilio monet.

FED. PROC. 1.

Mariano Blanco

Con permiso de la autoridad eclesiástica

MADRID—1865

Imprenta de D. Gregorio Hernandez, Calle de Carbillas, n.º 10.

## PRÓLOGO.

Infinitos han sido en los tiempos antiguos y modernos los sábios y publicistas que se dedicaron á escribir en prosa y verso la Fábula y el Apólogo, género el mas árduo y difícil que se conoce en la literatura. Apenas encontraremos desde Esopo hasta nuestros dias, siglo ninguno vacío de este importante estudio, que bajo diferentes formas, se ha procurado ensayar como el mas conveniente para atajar los males y falta de moralidad que se viene, por desgracia, observando por una série no interrumpida en todos los siglos. Aun el mismo Jesucristo en sus parábolas nos lo manifestó repetidas veces, dando á esta clase de estudio una importancia estremadamente escelente y de un mérito especialísimo. Al emprender nosotros esta clase de estudio, por una aficion especial, mas que por lo que tengamos de literatos, hemos procurado tener á la vista los mejores y mas diestros fabulistas, tanto nacionales como estranjeros, estudiando concienzudamente sus tendencias, esto es, la ciencia

misma del Apólogo, cuya doctrina en su esencia, según la frase de un célebre fabulista, está muy lejos de tener por límites los que hasta ahora se han mirado como ciertos é indispensables para su fiel y acertado desempeño. Breve y sencillo el Apólogo, y adornado de elegantes y graciosas formas, como dice el sábio Martinez de la Rosa, instruye cual si aspirase á ser el pedagogo y maestro del hombre, á quien dá, sin lastimar en lo mas mínimo su orgullo, las mas útiles y sublimes lecciones de Moral, Política y Literatura, en todos los ramos del saber; aunque para ocultar su cándido artificio, represente una accion interesante, y se valga de animales y seres inanimados, prestándoles nuestras pasiones con una breve narracion, ofreciéndonos de paso un retrato el mas idéntico y verdadero, cual si fuera calcado por el mas hábil y mas diestro fotógrafo.

Esta misma idea acogieron sin distincion despues del fabulista Griego, La Fontaine y Florian, al otro lado de los Pirineos; y entre nosotros, los Samaniegos, los Iriartes, y últimamente los Campoamor, Hartzenbusch y otros. Nada parece nos queda ya que decir del Apólogo, al nombrar tan esclarecidos fabulistas; y nosotros que ni aun pensamos llegar á ser unos meros discipulos de estos gigantes del saber, habíamos determinado abandonar nuestro propósito, respecto de nuestras fábulas, relegándolas al olvido. Pero como el campo de la invencion es tan vasto, casi infinito, y en todos tiempos se nos presentan y ofrecen motivos para

esta clase de composiciones, he aquí la causa porque algunos amigos se empeñaron, viendo mi apatía, para que desde luego procurase darlas á luz. Confesamos desde ahora que nuestras fábulas tendrán faltas y defectos infinitos como todo lo que procede del hombre; pero al mismo tiempo podemos asegurar, que todos nuestros apólogos son originales, si se exceptua alguna anécdota ó cuentecillo anónimo, que hemos oido referir, ó algun chiste, que corriendo entre los graciosos de boca en boca, hemos procurado recordar y coordinar, libertándolos del olvido. En ellos encontrarán nuestros lectores una reseña fiel y verdadera de lo que acaece con frecuencia en la sociedad, cuyos avisos, aunque en boca de animales y seres inanimados, nos enseñarán á vivir y á huir del peligro y de las ocasiones, en las cuales, mas de una vez, los compromisos pueden ser causa de nuestra ruina y perdicion. Estos han sido en nuestras Fábulas los principales deseos, estos sus fines; últimamente, la instruccion y adelanto que de su moralidad, en los varios lances de la vida, podrán resultar á nuestros lectores. Si consigo ver realizados mis deseos, habré llenado todas mis aspiraciones, cuyo fin no ha sido otro, que hacer prevalecer la virtud al vicio y atacar á este de frente y en sus mismas trincheras.

**Hilario Blanco.**



# FÁBULAS

MORALES, POLÍTICAS Y LITERARIAS.

---

## FABULA PRIMERA.

---

### El Congreso de los Animales.

Los animales trataron  
De un Congreso general  
Y al instante convinieron  
En el punto y el lugar.  
Un Elefante muy feo  
Y un Tigre del Indostan  
Vistiéronse, pues, de serio  
Para un acto tan formal.  
A todos con mucho modo  
Comenzaron á llamar  
Y en un segundo vinieron  
Los mas inmediatos ya.

Para resolver un punto  
Tan grave y deliberar  
Nombraron un Secretario  
Y un Presidente capaz.  
Al Elefante sin réplica  
Le votaron sin chistar  
Y al Tigre su Secretario  
Le eligieron por sagaz.  
Ambos á dos convenidos  
Comenzaron á tratar  
El medio mas conveniente,  
Mas comedido y legal.  
Para que todos llegasen  
Al punto y no rodear,  
Señalaron dia y noche,  
Hora y tambien local.  
Dieron su convocatoria  
Y al momento sin cesar  
Las Liebres fueron corriendo  
Por montañas y erial.  
Vinieron Tigres, Leones,  
Y los Lobos con afan,  
Los Osos, Micos y Monas,  
El Javalí y el Caiman.  
Los Toros y los Mastines,  
Los Galgos y hasta un Chacal,  
Los Zorros, Gatos y Hienas  
Por cientos y por millar.  
Otros llegaron mas tarde,

Porque el aviso oficial  
No les llegó tan á punto  
Y retrasarse algo mas.  
De modo que se hospedaron  
Donde pudo cada cual,  
Aunque muchos se quedaron  
Al raso, sin replicar.  
Sentados al fin ya todos,  
Segun costumbre y edad,  
El Presidente leyó  
Su programa muy formal;  
Cuyo contenido, sangre  
Proclamaba muy procaz,  
Y segun cuentan algunos  
Decia así literal:  
Hagamos polvo del hombre,  
Armemos guerra tenaz,  
De modo que el mundo tiemble  
De nuestra fuerza brutal.  
Sea ya nuestra bandera  
Solo muerte ó libertad,  
Y el rudo plomo y la espada  
Resuenen por tierra y mar.  
Así dijo el Elefante  
Con su trompa proverbial  
Para que todos le oyeran,  
Accionando sin parar.  
Y aunque fiero y arrogante  
El programa y suspicaz

Con n mine discrepante  
Se aprobó sin mas hablar.  
Acabada la lectura,  
El Presidente al final  
A todos di les las gracias  
Por su paciencia y bondad.  
Pero aun mas elocuente  
Les dijo, tono imperial,  
Era preciso al momento  
Autoridades nombrar.  
Eligieron Generales  
Con suma imparcialidad,  
Cabos, Sargentos, Soldados  
Y otros destinos de azar.  
Mas empezaron los bandos,  
Los partidos, el desman,  
Los dimes y los diretes,  
Y los insultos igual.  
El Leon dijo arrogante:  
Protesto contra ese plan,  
Y sacudió sus melenas  
Que tenia aun sin peinar.  
Poco menos dijo un Oso  
Que era cobarde y truhan,  
Aunque de bigote largo  
Y perilla de oficial.  
Los Toros que oyeron esto  
Comenzaron   bramar,  
Y sacudiendo sus astas

Preparábanse á compás.  
Los Zorros, Micos y Monas  
Que vieron este telar,  
Sin despedirse siquiera  
Se fueron pián pián.  
Todos hicieron lo mismo  
Retirándose á su hogar  
Y comenzaron de nuevo  
Su fiereza aun mas tenaz.  
Y armóse tal gresca y zambra  
Entre todos tan fatal,  
Que el orden y la justicia  
No se han vuelto á ver ya mas.  
De modo que esta asamblea  
Disolvióse sin tratar  
Los asuntos de importancia  
Despues de tanto ideal.  
Siendo la ley del mas fuerte  
La que impera aquí y allá  
De suerte que todos mueren  
En lo mejor de su edad.  
Sin que despues de mil años  
Hayan parado jamás  
Las víctimas á millares  
Con empeño y mas afan.  
Pero aun es lo mas sensible  
Que sigue y aun seguirá  
Tan espantosa tragedia  
Por querer solo mandar;

Mas todo el mundo conoce  
No puede haber sociedad,  
Sin que muchos obedezcan  
Y otros manden para obrar.  
.....Si alguno, pues, de mis fábulas  
Por aludido se dá,  
Sepa que solo tratamos  
De animales nada mas.  
Si al hombre de cuando en cuando  
Le nombramos al hablar  
Nuestra intencion no es herirle,  
Pues respetamos asaz.  
Solo perversas acciones  
Atacamos y aun el mal,  
Que todos en esta parte  
Interesados están.  
Y si el siglo en que vivimos  
Tiene falta de moral,  
Cada cual tome y se aplique  
El que le falta, y en paz,  
Y aunque la risa le escite  
Y no le deje parar,  
Con todo mis fabulillas  
Le enseñarán la moral.  
A ser afable y modesto,  
A obedecer y á mandar,  
A ser tolerante y justo  
Y á huir del malo y del mal.

FABULA II.

El Hombre y la Escalera.

Ya que la Musa me inspira,  
He de contar lo que fuera  
De un hombre y una escalera,  
Aunque parezca mentira.

Y por si algun indiscreto  
Piensa oír una patraña,  
Probaré que nunca engaña  
La verdad ni aun en boceto.

Cuéntase que un presumido  
Con su escalera subió  
Al alto, y despues no vió  
El fondo dó hubo salido.

Olvidado de su cuna  
Sobre las nubes posaba,  
Y á ninguno saludaba  
Hinchado con su fortuna.

Siguiendo en aquesta esfera,  
Se daba grande importancia,  
Insultando su arrogancia  
Aun á la misma escalera.

Aunque fuera esta muy alta,  
Bella moza y muy modesta,  
Estaba lista y dispuesta  
A echarle en cara su falta.

Bien quisiera el botarate  
Arrojarla, y atrevido  
Dar pruebas de mal nacido,  
Haciendo tal disparate.

Pero temió el alti-bajo  
Y á la escalera la dijo:  
Bájate, que yo colijo  
Estarás mejor abajo.

La escalera se ausentó,  
Y aunque estaba en gran altura  
El incauto, su locura  
Al punto experimentó.

Un fuego muy horroroso  
Sobre las nubes se inflama,  
Todo destruye la llama,  
Y el conflicto es espantoso.

Sus colegas con escalas  
Se salvaron, y el ingrato  
Pereció por insensato,  
Y por faltarle las alas.

Aunque tengas gran poder  
Teme, pues, que aun desde el cielo  
Caerás, y en duro suelo  
Pagarás tu proceder.

FABULA III.

Las Piedras y el Arroyo.

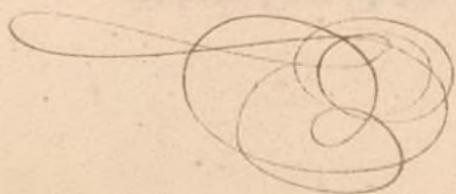
Con orgullo indecible  
Corria un arroyuelo,  
Arrastrando las piedras  
Enormes y de peso.

Ufano con su fuerza  
Sacólas, pues, del suelo,  
Aunque estaban asidas  
Y firmes como el hierro.

Poco á poco fué á todas  
Llevando lisonjero,  
Aumentando aquel ruido,  
Que puede hacer el Ebro.

Al fin llegó á un parage  
Terrible y muy estrecho  
Donde todas las piedras  
Fijaron ya su asiento.

Allí furioso brama  
Al verse en tal aprieto;  
Pero todas sus fuerzas  
Inutilísimas fueron.



Corrido de vergüenza,  
Y grande espuma haciendo,  
Rabioso vá y las deja,  
Tomando otro terreno.

Aunque ya escarmentado  
Corria aun con mas fuero,  
Mas acercose á un rio  
Que todo absorbió luego.

Allí perdió su nombre,  
Y tuvo sin remedio  
Que seguir la corriente  
Pagando su atropello.

Confundido de veras,  
De furia y rabia lleno  
Sin poder desasirse,  
Clamaba al Dios del Cielo:

¿Por qué tanto castigo?  
¿Por qué este mal eterno  
Si las piedras venian  
Tomando ellas el fresco?

Mientes, una voz dijo,  
Que tú, pues, de su centro  
Las sacaste orgulloso  
Con grande desenfreno

Paga así tu arrogancia,  
Y en tí aprendan los necios  
A tener humildad  
Y á no ser tan soberbios.

FABULA IV.

El Leon y las Fieras.

Desiertos espantosos,  
Que al pasagero aterran,  
Donde rocas y riscos  
Aquí y allí se encuentran,  
Pasa el Leon rugiente,  
Tendida cabellera,  
Sus garras destructoras  
Y frente descubierta,  
Parando á cada paso  
Cual quien medita y piensa.  
Los males que le afligen  
Y corregir intenta,  
Es la sangre inocente  
Que vierten muchas fieras  
En los bosques, y al caso  
Las llama y las arenga.  
Ya estoy, dice, cansado  
De oir chismes y quejas,  
Y tengo ya resuelto  
Mi plan y mi ley puesta.

Los Lobos á los Zorros  
Persiguen y molestan,  
Y los Tigres á todos  
Devoran y meriendan.  
Las Liebres y Conejos  
Suben y bajan cuestras  
Y los Micos y Monas  
Brincan que se las pelan.  
Por todas partes se oyen  
Ayes, lamentos, gresca,  
Y aquel que se descuida  
Pierde al fin la pelleja.  
No sé por qué vosotros  
No comeis tambien yerbas,  
Teniendo en el desierto  
Muchas, buenas y frescas.  
Haciendo grande alarde  
Y abusos de la fuerza,  
Solo terror y espanto  
Reinan por montes, selvas...  
Y yo debo oponerme  
A tan sangrienta escena.  
De modo que á los débiles  
Ausilie y los proteja,  
De tanto desafuero  
Ampare y los defienda.  
Y pues el Dios del Cielo  
Les dió la vida, sepan,  
El que á otro la robe,

¡Juro por mis melenas!  
Ha de pagar bien caro  
Su audacia suma y fiera.  
Debeis ya vivir juntos  
Como hermanos, y quejas  
No haya mas en vosotros  
Y acaben esas guerras,  
De modo que la vida  
Sea mas llevadera,  
Y cada cual disfrute  
Sin miedo, y nada tema.  
Comed solo raices  
Y alguna que otra pera,  
Y el verde y fresco rábano.  
Si vais á alguna huerta.  
A las colmenas nunca  
Vayais, es cosa fea  
Comer miel, y pinchazos  
Llevar, y en calzas prietas  
Estar allí metidos  
Y espuestos á saetas  
De zánganos malvados,  
Que á todos nos revientan.  
Id, pues, con Dios y basta;  
Espero en vuestra enmienda,  
Sino, yó sabré cómo  
Hacer me se obedezcá.  
Todos algo contritos,  
Oyeron la monserga,

Solo una Mona estaba  
Alegre, y de la arenga  
No la daba cuidado  
Riéndose bien de ella.  
Por último marcharon  
Con rabos entre piernas,  
Murmurando no pocos  
De oír tanta simpleza;  
Pero mas enfadados  
Eran Lobos y Hienas  
Que al Leon espiaban  
Siguiéndole sus huellas.  
Por verle tan humano,  
Llorar y tener pena,  
Comer solo raices  
Y alguna que otra acelga  
Mas viéronle una tarde,  
Merendarse una pierna  
De un macho de cabrío,  
Y allá en su despensa  
Tener muchas colgadas  
De aquel día mas tiernas.  
¡Carambas! exclamaron:  
Cómo guardá las reglas;  
Callemos, y nosotros  
Hagamos de las nuestras.  
Corre el rumor, se sabe,  
El escándalo reina,  
Y el mal ejemplo al fin

Acabó con las reglas.  
Sepan la fabulilla  
Aquellos que gobiernan,  
Si quieren que los hombres  
Respeten y obedezcan.

FABULA V.

El Alamo y la Yedra.

Perdido, enamorado, sin consuelo,  
Era un Alamo viejo muy copudo,  
De una Yedra que, arrastrando al lado  
Lloraba y suspiraba cual ninguno.

Condolido de veras por su pena,  
Ofrecióla su auxilio, y como pudo,  
La dijo su atrevido pensamiento  
De unirse fiel á ella hasta lo sumo.

La Yedra que otra cosa no queria,  
Sino vivir del viejo con gran lujo,  
Por necesidad solo y sin cariño  
Casóse al fin y al cabo con gran rumbo.

Celebradas las bodas, adelante  
La Yedra creció tanto, y de seguro  
Al árbol poco á poco sin pensarlo,  
Infame su garganta apretó rudo.

Lamentábase el Alamo apurado  
De su consorte fiera y de su apuro,  
Mas la Yedra cruel á sus clamores,  
Prosiguió chupándole aun su zumo.

No pudiendo sufrir tanta malicia,  
El árbol casi seco, moribundo...  
Separarse quiso de la Yedra impía  
Medio muerto, sin vida, ya difunto.

En vano al Cielo súplicas dirige,  
En vano pide y ruega sin segundo,  
Los Dioses sin piedad le abandonaron  
Muriendo seco y ruin por poco agudo.

La Yedra verde, vana y satisfecha  
Al mirarse cual árbol de gran jugo,  
Siguío muy contenta y orgullosa,  
Sin pensar se quedaba sin escudo.

Los vientos fuertes del hibierno cano,  
Al Alamo ya seco é inseguro  
Al suelo derribaron, y hacha fiera  
A los dos sepultó en hoyo profundo.

La union sin la paz y la prudencia,  
Sentina es de maldades, hasta el punto  
Que el Alamo y la Yedra lo aseguran  
Con su fin desastroso en este mundo.

FABULA VI.

La Zorra en el Rio.

No es raro á mi parecer,  
Haya alguno que presuma,  
Lleno de insolencia suma  
De su virtud y poder,  
Aunque perezca y consuma.

Y como de esto se vea  
En el mundo á cada paso,  
Para evitar un fracaso,  
He querido, y es mi idea  
El referir este caso.

Cuéntase en cierto lugar,  
Que una Zorra allá en Somonte  
Dió una vuelta al horizonte,  
Sin encontrar que almorzar,  
Aunque corrió todo el monte.

Cansada de dar su vuelta,  
Sentóse cerca de un rio,  
Y ya allí con algun brío  
Descansada y mas resuelta,  
Se metió por un plantío.

Entre el ramage que el agua  
Conmovia con rigor,  
Vió uvas alrededor  
Bien maduras, y allí fragua,  
Cómo robarlas mejor.

No era difícil caer,  
Al cojerlas, en el rio,  
Mojar se y este estravío  
Pagar carismo, y tener  
Que volverse de vacío.

Pero acordóse de antaño,  
Y al decir estaban agrias,  
Tuvo tentaciones varias,  
Que venció al fin con engaño,  
Y miras mas temerarias.

Decidida ya á cojerlas,  
Estiróse, y con los cinco  
Con gran fuerza y mas ahinco  
Saltó dos veces á olerlas,  
Pero faltóla algo brinco.

A las tres vá la vencida;  
Así dice, mas de modo  
Que con brinco, uvas y todo  
Cayó de puro atrevida  
En un charco de agua y lodo.

Al salirse, la corriente  
Se la llevó, y rio abajo,  
Aunque iba con gran trabajo,  
Decia mas insolente

Con muchísimo desparpajo:  
Voy de prisa á ese lugar,  
Y como estoy delicada  
Quiero llegar descansada  
Y al mismo tiempo gozar  
Viniendo, pues, embarcada.

Hablando de aquesta suerte  
Se estrella contra una roca,  
Y allí el abismo sofoca  
Buscándose así la muerte  
Por vana, soberbia y loca.

Hay muchos, aunque moleste,  
Que se ahogan con sus planes,  
Que sostienen con afanes,  
Y aunque la vida les cueste  
No confiesan sus desmanes.

FABULA VII.

La Pluma y el Papel.

Lamentábase el papel,  
Porqué la pluma escribía  
En su falda, y le ponía  
Mil caractéres en él.

Yo soy, la dice, tan blanco,  
Tan hermoso y tan pulido,  
Que solo por mi apellido  
Ni tengo archivo ni estanco.

Las damas todas me quieren,  
Y con dorados estremos  
Mil besos me dan supremos  
Y á todo, pues, me prefieren.

La misma nieve se admira  
De mi blanca tez, y tú  
Semejante á Belcebú  
Me irritas y llenas de ira.

Envidiosa de mi suerte  
Apenas me ves, ya vas,

Y sin saludarme, zás...

Osada me das la muerte.

¡Pardiez! que yo no me meto

Contigo; y siempre tú á mí

¿Has de maltratarme así,

Hasta perderme el respeto?

La pluma, aunque bien le oia

Callaba muy satisfecha,

Mas ya de insultos deshecha

Le dijo, con sangre fria:

¿Quiéres saber, majadero,

Lo que vales sin mi ayuda?

Lo mismito que desnuda

Una bolsa sin dinero.

Yo te doy valor, y te hago

Que los hombres de tí esperen,

Que sin reserva ponderen

Y te traten con halago.

Yo te presto esa importancia

Con mis caracteres bellos,

Y solo, solo por ellos

Puedes tener arrogancia.

Pero si de esto recusas

Lleno de orgullo y protervia,

Pagarás tanta soberbia

Sin que te valgan escusas.

Así dijo, pues, la Pluma;

Y el Papel arrepentido

Pidió perdon condolido

Sin que jamás ya presuma.

Para aquellos arrogantes  
Cuyo mérito no es propio,  
Esta fábula yo acopio,  
Porque son muy petulantes.

Los Lobos con hambre

En noche oscura  
Le hicieron tan mala  
De Lobos andaban  
Por montes andando  
Llenos de hambre buscan  
Que comer al preso  
Y cada mas hallan  
Que pescos pelados  
Frente ábrigo ruge  
Y el granizo blanco  
Cubren las montañas  
Y también peñascos  
Andan por las selvas  
Y todas las altas  
Valles y praderas  
Cual Perros cavancho  
Abullidos resaca  
De algunos que andan  
No pueden seguirlos  
Porque son muy luego

FABULA VIII.

---

Los Lobos con hambre.

Era noche oscura  
De hibierno tan malo,  
Dó Lobos andaban  
Por montes ahullando.  
Llenos de hambre buscan  
Que comer al paso,  
Y nada mas hallan  
Que riscos pelados.  
Fuerte ábrego ruge,  
Y el granizo blanco  
Cubre las montañas  
Y tambien peñascos.  
Andan por las selvas  
Y todos los altos,  
Valles y praderas  
Cual Perros cazando.  
Ahullidos resuenan  
De algunos que ancianos,  
No pueden seguirles,  
Porque van muy largo.

Ven una cabaña,  
Llegan, y el ganado  
Aunque tienen cerca,  
Dejan en el acto.  
Los pastores duermen,  
Pero sus alanos  
Velan por las noches  
Muy listos ladrando;  
Porque en luchas fieras,  
Con Lobos ya de años  
Fueron vencedores  
En bosques y prados.  
Llenos de fatiga  
Vuelven á hacer alto,  
Pero perseguidos,  
Andan otro tanto.  
Todos perecemos  
Del hambre y el pasmo  
Dicen, y rabiosos  
Se bajan á un llano.  
Difícil parece  
Mi proyecto y árduo,  
Pero que es preciso;  
Dijo un Lobo cano.  
Formemos un círculo,  
Y unidos corramos,  
Los que caigan sean  
Al punto inmolados.  
Todos de consuno,

Mas rabiosos algo,  
Dieron tantas vueltas,  
Como rueda andando.  
Pero los mas débiles  
Rendidos y flacos  
Cayeron, y al punto  
Fueron devorados.  
Cuando no hay remedio,  
Un pueblo apurado,  
Sacrificio y muerte  
Pide en aquel acto.

En bosques y prados

Llenos de fatiga

Vuelven a hacer alto

Pero perseguidos

Andan otro tanto

Todos perecemos

Del hambre y el pasmo

Dicen, y rabiosos

Se bajan á un llano

Difícil parece

Mi proyecto y árduo

Pero que es preciso;

Dijo un lobo cano.

Formemos un círculo

Y unidos corramos

Los que caigan sean

Al punto inmóviles.

Todos de consuno



FABULA IX.

El Perro de caza.

Con un frio horroroso  
De caza se fué un Perro  
Por la sierra inmediata  
Sin ropa y solo en pelo.

Allí ya en la montaña  
Entre nieves y hielos,  
Pasmado con el frio  
Pensó morirse luego.

Al pasar un arroyo  
De cristal, por supuesto,  
El pobre va y se liere  
En el costado izquierdo.

La sangre, pues, que vierte  
Congelada al momento  
Le hizo detenerse  
En medio del desierto.

Estando así afligido,  
Ve correr un Conejo,  
Y al querer perseguirle  
Cayó el pobre de nuevo.

¡Cáspita! que mal dia,  
Dice, mirando al cielo;  
Todos son sinsabores,  
Y solo nieve encuentro.

Mejor será dejarlo,  
Y otro dia sereno,  
Cuando pasen los frios,  
Saldré mejor dispuesto.

Pero no he de volverme  
Sin nada, no hay remedio,  
Y aunque sea un Gazapo  
He de llevar al pueblo.

Con estas reflexiones  
Seguia por un cerro,  
Mas de pronto paróse,  
Mirando con recelo.

Un Lobo lleno de hambre  
Oculto en un centeno,  
Esperaba impaciente,  
A que llegara el Perro.

Pero apenas miróle  
Muy enfadado y fiero,  
Atras volvióse al punto  
Dictando este proverbio:

Por ser un temerario  
Me espuse en el desierto  
A ser despedazado  
Por imprudente y terco.

## FABULA X.

### El Pintor.

Un artista discípulo de Apeles  
Pintó un cuadro de bello colorido,  
Sus contornos, dibujo y parecido,  
Sin segundo, en sentir de los noveles.

Una cesta con uvas moscateles,  
Que un muchacho llevaba muy pulido,  
El cuadro figuraba, y su sentido  
Imposible parece á los pinceles.

Espuesto al aire libre, el entusiasmo  
Se acrece sin reserva al ver que un ave  
A las uvas picaba con gran pasmó.

Apeles mira bien y faz muy grave  
Repréndeles, y dice con sarcasmo:  
Las uvas están bien; mas, no se alabe.

..... No hay obra tan perfecta y acabada  
Que no tenga lunares, está claro,  
El soneto lo dice sin reparo,  
¡Cuántas veces se alaba una bobada!

## FABULA XI.

### El Hombre y la Mosca.

Una Mosca impertinente  
A un hombre terrible hirió,  
Y al momento fué y la dió,  
Cual merece un imprudente:  
Llorando ya amargamente,  
La Mosca su suerte impía,  
Volvió á vengarse otro dia,  
Hiriéndole con mas saña;  
Mas el hombre, no me estraña,  
La muerte dió á aquella arpía.

La Mosca fue sepultada,  
Para jamas ya picar,  
Ni volver á molestar  
Tan cruel y tan osada:  
¡Cuánta Mosca aun mas pesada,  
Mas terrible y venenosa,  
Audaz y mas engañosa,  
Merecía esta leccion,  
Aun de peor condicion  
Que la de arriba furiosa!

FABULA XII.

Los Perros y el Lobo.

Un Mastin y un Alano se encontraron  
Al pasar de improviso por un puente,  
Y despues que los dos se saludaron  
Siguieron el camino juntamente;  
Al oír cerca un ruido se pararon  
Enseñando su fino y fatal diente;  
Pero desengañados era viento,  
Su trote comenzaron al momento.

Enroscadas sus colas proseguian  
Su vereda, y hablando en su lenguaje,  
Se insultaban de firme y proferian  
Palabras mal sonantes con coraje;  
Uno á otro cobarde se decian,  
Armándose tal gresca y agiotage,  
Que poco les faltó, segun presentes,  
De venir á las manos y á los dientes.

Enfadóse el Alano de tal modo,  
Que al Mastin impropere y le maltrata,  
Llenándole de insultos, y es pues todo,  
Porque lleva carlanças por corbata;

El Mastin le interrumpe el periodo,  
Y ansioso de evitar mas zaragata,  
Sus carlanças sacude meneando,  
Y sigue sin ladrar, aunque rabiando.

De la sierra inmediata un Lobo fiero,  
Oculto en las malezas de emboscada,  
De repente acomete y muy ligero  
El Alano se fuga á la majada;  
El Mastin le reprende muy severo,  
Le llama y le convoca, pero nada;  
Cobarde cual ninguno y retirado  
Solo ladra á lo lejos de sobrado.

La lucha encarnizada que á porfia  
Sostiene el Mastin fiel hasta la muerte,  
Estremece al Alano, y su osadía  
Aun le hace presumir es él mas fuerte;  
El Mastin sofocado se desvia,  
Y el Alano sin pensar era su suerte,  
A las fauces del Lobo mal comido  
Fué á parar por infiel y presumido.

En trance tan cruel socorro implora  
El Alano transido y jadeando;  
Mas el Mastin le deja solo ahora,  
Aunque piense despues irle ayudando;  
Porque es feo, cruel y se desdora,  
Al valiente que bien está pagando,  
Sus faltas de amistad por ser cobarde,  
Y hablar sin corazon y hacer alarde.

FABULA XIII.

Las Monas jugando.

Acontece con frecuencia  
Cuando ocurre algun fracaso  
Separarse al pronto á caso,  
Pero con suma indolencia.

Y como es tan necesario,  
Reflexionar lo que importa,  
Esta fábula, aunque corta,  
Nos inspira un corolario.

En Tetuan varias Monas,  
Segun cuentan á porfia,  
Pasan la noche y el dia,  
Retozando juguetonas.

En la ribera de un rio  
Con el fresco se entretienen,  
Con sus monadas, y tienen,  
Mas libertad y mas brio.

Las ramas de allí enlazadas  
Entre tilos olorosos,  
Les dejan pasos hermosos  
Que atraviesan cual las Hadas.

Unas tras otras corriendo,  
Y saltando al otro lado,  
Brincan sin ningun cuidado,  
De su agilidad riendo.

Cuando menos lo reparan,  
Y van y vuelven de prisa,  
Se encuentran, y con su risa  
Al agua van, y se paran.

Un silencio el mas profundo  
En aquel acto se observa;  
Pero toda esta reserva  
No dura al fin un segundo.

Al ver aquella desgracia  
El miedo y terror contiene,  
Y cada cual se conviene,  
En reprimir tanta audacia.

Pero luego que el abismo  
Dejó de estar tan presente,  
Vuelven todas de repente,  
A seguir casi lo mismo.

Nadie lo dude, es sabido  
Que esto pasa con frecuencia;  
¿De qué sirve la esperiencia  
Sino se evita un descuido?

FABULA XIV.

**El Perro y el Gato.**

En casa de un maragato,  
Era todo regañar,  
Un Perro dogo y un Gato,  
Si tenian que apurar  
En la cocina algún plato.

El ama con demasía  
Los daba muy fuertes palos;  
Mas ellos con su porfía  
Despreciaban sus regalos,  
Persistiendo en su manía.

Esto fuera ya un sainete;  
De modo que la contienda  
Duraba, y el saca y mete,  
Sin que tuvieran enmienda,  
Jugando siempre al florete.

Ambos á dos mal parados  
Por sus continuas peleas,  
Pensaban escarmentados,  
Abandonar sus ideas,  
Y vivir mas arreglados.

Un dia ya el Gato dijo

Al Perro su contrincante :

¿Quiéres comerte de fijo

Cuanto quieras al instante,

Y vivir con regocijo?

Pues no me vayas ladrando,

Si me ves en la cocina;

Que juro por San Fernando,

Has de comer bien cecina

Y otros manjares callando.

Y si brinco hasta el basar,

Magras, chorizos, jamones...

Arrojaré sin parar,

Aunque sean salchichones

Que estén puestos á curar.

El Perro que oyó del Gato

Con placer tal letanía,

Calló luego, y con recato

Como á los dos convenia,

Concertáronse en el trato.

Despues acá mas queridos,

Sin querellas, como hermanos,

Viven ya los dos unidos,

Muy contentos y aun ufanos,

De abandonar sus partidos.

Es preciso la prudencia

Cuando se vive muy junto;

Porque puede la imprudencia

De discordia ser el punto,

Y aun de maldad residencia.

FABULA XV.

Las dos Rosas.

Erase una mañana  
Del mes de Abril o Mayo,  
En que de todas flores  
Cubierto se ve el campo.  
Por todos los paseos  
El ambiente mas grato  
Menea las corolas  
E inclina bien los ramos.  
Metida entre las flores  
Elisa, no me engaño,  
Alegre cual ninguna,  
Gozaba al aire blando  
El oloroso aroma  
Que corre por el prado,  
Hace mas placentero  
Aquel Eden de encanto,  
Cansada de dar vueltas,  
Sentóse luego un rato

Al frente de una rosa  
De un color delicado.  
La coge ya y la lleva  
Asida de su tallo,  
Y en su pecho la pone  
Y fija con su mano.  
El verde de sus hojas  
Y sus pimpollos varios  
Realzan su hermosura,  
Y el carmin de sus labios.  
Pero siguió el paseo,  
Y otra rosa del prado,  
Aunque no tan lozana,  
También tocó su mano.  
Su suave fragancia  
Sintió al punto á su tacto,  
Y quedóse prendada  
De olor tan bueno y grato.  
Aunque ya la primera  
Llevaba en su regazo,  
Tiróla, y la segunda  
Prefirió al fin y al cabo;  
Porque sino tan bella  
Sus virtudes, es claro,  
Escedian con mucho,  
Y merecia otro tanto.  
Así, pues, aconteció  
Con la virtud reparó,  
Que siempre es preferida

Aun de los mismos malos.  
Mas de las apariencias  
Suelen llevarse chasco,  
Teniendo que llorarlas  
Toda la vida acaso.

FABULA XVI.

---

Los Cazadores.

De su casa salieron,  
Y al campo á prisa fueron  
Con cuatro leñadores  
Algunos Cazadores.

Sentados ya de espera,  
Salió al punto una fiera  
Y seguida hasta un coto,  
Perdiéronla en un soto.

Cansados, la fatiga  
Precísalos y obliga  
A tomar alimento,  
Sentándose al intento.

Abajo sus morrales  
Abrieron casi iguales,  
Y la merienda al punto  
Sacaron en conjunto.

Los listos leñadores  
Sufriendo los calores,  
Siguieron á la fiera  
Por soto y por pradera.

Al fin ya la prendieron,  
Y despues repartieron  
En partes para ellos  
Los Cazadores bellos.

Los buenos leñadores  
Fueron los cazadores,  
Los otros la merienda  
Cazaron con fachenda.

Así son los plagiarios,  
Que escriben temerarios,  
Robando sin conciencia  
De autores su gran ciencia.



Al fin ya la prendieron,  
Y después repartieron  
En partes para ellos  
Los cazadores bellos.

## FABULA XVII.

Fueron los cazadores,  
Los otros la merienda  
Cazaron con fechoría.

### El Perro y el Raposo.

De autores en gran ciencia  
Habando sin conciencia

Corriendo por un bosque  
Un Perro de ganado  
Con agudas carlancas,  
Seguia muy ufano.

Al salir ya del bosque,  
Trepando como un gamo,  
Encontróle un Raposo  
Cerca de allí parado.

El Perro aunque le viera,  
Siguió sin hacer alto,  
Pero el raposo astuto  
Hizo por saludarlo.

¿Dónde va el camarada  
Tan sério y tan callado,  
Tan compuesto y tan solo,  
Corriendo tan temprano?

Voy para mi majada,

Dijo el Perro en el acto,  
Llenó de polvo y lodo  
Bastante mal parado.

Lástima me da el verte  
Tan pobre, seco y raro;  
Mas eres, dijo el Zorro  
Un tonto y mentecato.

Si no yo te enseñára  
Una leccion que acaso  
Te hiciera mas dichoso,  
Mas sóbrio y no tan malo.

¿Por qué tanto interés,  
Y estar siempre en el hato  
Sin parar noche y dia  
Ladrando y mas ladrando?

Ven, pues, á mi morada,  
No seas tonto y fátuo,  
Y comerás, si quieres,  
Cordero sin dejarlo.

El Perro aunque le oia  
Callaba como un santo,  
Pero seguia al Zorro  
Mohino y paso á paso.

Vinieron á la gruta  
Los dos, y á poco rato  
Llegaban otros Zorros  
Corriendo como diablos.

¡Caramba! dijo el Perro,  
Que estais muy estenuados,

Sin duda habeis comido  
Manjares poco sanos.

Siguió mas adelante,  
Carlancas meneando,  
Y reparó ya en otro,  
Que estaba sin un brazo.

Despues llegó un tercero  
Herido ya y sin rabo,  
Sin orejas ni dientes,  
Y todo él agitado.

Vaya, replicó el Perro,  
Que está lindo este cuadro;  
A mi majada vuelvo  
Corrido, avergonzado.....

Que allí con mis pastores  
Vivo sin sobresalto,  
Y vosotros con miedo,  
Temor y grande espanto,

Aunque seais mas libres,  
No obstante, sin embargo,  
Mas quiero mis carlancas,  
Que un triste desengaño.

Pero os digo tambien  
Temais, que no me caso  
Con nadie, y estoy siempre  
Alerta en el rebaño.

Así me va muy bien  
Sirviendo fiel al amo;  
Y nunca he de faltarle

Mientras me dé un bocado.

Aprendan de este Perro

Muchos Zorros tacaños,

A defenderse astutos

Y á ser buenos criados.

El Venejo y el Gorrion

Un Venejo cruel sin sentimiento  
Volaba sin parar corriendo el viento,  
Y un Gorrion enabado de deca,  
Estruendo, lomo y negro y se veia.  
El Venejo observó y fué chillando  
Conforme iba volando  
Al Gorrion de repente  
A relarle muy vivo y mas valiente.  
El Gorrion, que tenia mucho el dardo,  
Al instante volando se echó al suelo,  
Trastornado que allí le dejara,  
Sin poder ya volar y morir.  
Así sucedió al fin, porque el Venejo  
Sin pensar otra cosa hecho un diablojo,  
A tierra se tiró muy solocado,  
Por vengar al Gorrion desvergonzado.  
Al verle hecho así tierra  
Marchóse el Gorrion á la ligera  
Quedando allí el Venejo sin consuelo,  
Sin poder levantarse ya del suelo.  
Diciéndole el Gorrion de alto á bajo:

FABULA XVIII.

El Vencejo y el Gorrion.

Un Vencejo cruel sin miramiento  
Volaba sin parar cortando el viento,  
Y un Gorrion enfadado le decia,  
Extranjero, tonto y negro y se reia.  
El Vencejo observóle y fué chillando  
Conforme iba volando  
Al Gorrion de repente  
A retarle muy vivo y mas valiente.  
El Gorrion, que temia mucho el duelo,  
Al instante volando se echó al suelo,  
Presintiendo que allí le dejaria,  
Sin poder ya volar y moriria.  
Así sucedió al fin, porque el Vencejo  
Sin pensar otra cosa hecho un diablejo,  
A tierra se tiró muy sofocado,  
Por vengar al Gorrion desvergonzado.  
Al verle hecho una fiera  
Marchóse el Gorrion á la ligera  
Quedando allí el Vencejo sin consuelo,  
Sin poder levantarse ya del suelo.  
Diciéndole el Gorrion de alto á bajo:

Así queria yo verle, seor majo.  
Por vengar una injuria vanamente  
Perció este Vencejo, é imprudente  
Ciego de altanería  
El mismo se buscó aquella avería.

LOS ARTIEROS.

En tercetos quisiera bien medida  
Componer una fábula de intento,  
Pero temo á mi Musa ya derrida.  
No obstante, probaré, y este mi cuento  
Iré fraguando como pueda y veré,  
Aunque sea en estafío sueno y lento;  
Porque es tanto, cobarda y cobarde,  
Desistir de una empresa comenzada,  
Y dejar sin motivos cierta idea.  
Dices que en dos siglos, de Granada  
Salieron dos Artieros á un mercado  
Pesosos de llevar de mastragada.  
Ambicioso uno de ellos, suelta tienda,  
Su mulo pincha, ariva, y de corrido  
Al otro se adelanta con su tienda.  
Montado entre los tercios bien bebido  
Al pasar por un puente de la orilla  
Al suelo fué el Artiero sin sentido.  
En tierra mal parado, hecho tortilla  
Remiega de su sueto, y con la pena

FABULA XIX.

Los Arrieros.

En tercetos quisiera bien medida  
Componer una fábula de intento,  
Pero temo á mi Musa ya dormida.

No obstante, probaré, y este mi cuento  
Iré fraguando como pueda y vea,  
Aunque sea en silencio sumo y lento;  
Porque es tonto, cobarde y cosa fea  
Desistir de una empresa comenzada,  
Y dejar sin motivos cierta idea.

Dícese que en dos mulos, de Granada  
Salieron dos Arrieros á un mercado  
Deseosos de llegar de madrugada.

Ambicioso uno de ellos, suelta rienda,  
Su mulo pincha, aviva, y de corrido  
Al otro se adelanta con su tienda.

Montado entre los tercios bien bebido  
Al pasar por un puente de la orilla  
Al suelo fué el Arriero sin sentido.

En tierra mal parado, hecho tortilla  
Reniega de su suerte, y con la pena

Socorro implora y pide, clama y chilla.

En tanto el compañero, que esta escena  
Divisa, sin pararse muy callado,  
Adelante prosiguió con su faena.

Llamóle muchas veces sofocado,  
Mas sordo á sus clamores y ladino,  
Dejóle allí morir escarmentado.

No por correr de mas, según opino,  
Se llega al punto do se marcha erguido,  
Un fracaso retrasa ya el camino.

FABULA XX.

El Brillante.

Sin maestro que enseñe,  
Ninguno brilla,  
Es preciso pulirle,  
Para que sirva.  
Y el artefacto,  
Al brillante le puso  
Tan millonario.  
Así fué el Dante  
Poeta esclarecido,  
Y hombre tan grande.

---

FABULA XXI.

El Cuco.

Toda la noche en peso  
Sin pena ni cuidado,  
Canta alegre en el prado  
El Cuco sin cesar.

En el ramage oculto  
Sus cánticos repite  
Sin que ninguno imite  
Su lúgubre cantar.

El labrador rendido  
Depone su fatiga  
Y en el sueño mitiga  
Su interminable afan;

Pero el molesto Cuco  
Toda la noche alerta  
Al pobre le despierta  
Siguiendo en su desman.

Aburrido al extremo  
Del lecho se levanta  
Y al avecilla espanta  
Y asusta hasta no mas;

Mas su terrible empeño  
No consigue se aleje  
Ni que se vaya y deje  
Su tono y son jamás.

Cucú repite, y vuelve  
El pájaro perjuro,  
Creyéndose seguro,  
Osado y mas audaz;

Pero el pobre burlado  
Al punto quedó muerto  
Pagando su concierto  
Por terco y mas tenaz.

Procura ser prudente,  
Atento y mesurado,  
Evita el ser cansado,  
Y en todo sé formal;

Que el mundo nos enseña  
Ejemplos y verdades,  
Y orgullo y necesidades  
Se pagan por igual.

FABULA XXII.

Los Perros y el Labriego.

Allí cerca del rastro,  
Mas diz que pasó tiempo,  
Embutian chorizos  
Con todo menos Puerco.

Pasados unos dias,  
Llegóse allí un Labriego,  
Y el pobre compró uno  
Muy gordo y asaz fresco.

Se vino á la posada  
Tranquilo, y con esmero  
En menos de un segundo  
Se le comió el modrego.

Aunque era colorado  
Picaba y sabia á perro,  
Le parecia comer  
Perdiz, ánade ó cerdo.

Con sed abrasadora  
Entróse pronto, luego,  
A beber unas copas  
Con otros compañeros.

Sin siquiera pensarlo,  
Se fué á dar un paseo;  
Mas se vino al minuto,  
Temblando y casi muerto;

Porque los Perros todos  
Al punto que le olieron  
Cual furias infernales  
Iban tras el Labriego.

Aquí para, allí corre,  
Mas todos con empeño,  
Le persiguen sin tregua  
Rabiosos por morderlo.

El Mastin, el Alano,  
El de Aguas, el Faldero,  
El Lebrél y los Galgos,  
Le muerden sin remedio.

Apurado de veras,  
Al verse en tal aprieto,  
Se vuelve á la posada  
Mas listo que un Conejo,

Todo desencajado  
Corrido como un Ciervo,  
Se encerró, y á la puerta  
Dejó mas de mil Perros.

Los ahullidos que daban,  
Y aquel ladrar eterno,  
Aterra y estremece  
Al hombre de mas genio.

Pero pasó la noche

Y todos ya se fueron,

Quedando al otro día

En paz y mas sereno.

Mas no se le olvidaba

Aquella escena, y creó

Andaba con reparo,

Con susto sumo y miedo.

Todo se le volvia

Preguntar á un arriero,

Mas no hallaba la causa

De tanto desenfreno.

Al fin determinado,

Porque era mozo esbelto,

Volvió á salir de casa,

Mas no observó lo mesmo.

Recorrió calles, plazas,

Las tiendas, los paseos,

Los cafes y tabernas,

Alegre y satisfecho;

Pero en su retirada

El tonto y majadero,

En el mismo figon

Compróse otro relleno.

Traíale colgando

El mozo cual cencerro

Y al pasar una calle

¡Virgen santa del Puertol

Cargado hasta la cola

Un Borríco yesero

Le dió mas de cien coces  
Tirándole en el suelo.

Así conforme estaba  
Llegó el de un carbonero  
Y repitió lo mismo  
Quedándose muy fresco.

¡Pardiez! exclamó entonces,  
Ahora si que vëo  
La causa de mi daño,  
Y he sido un indiscreto.

Los Perros me ladraban  
Con furia y con desprecio,  
Porque comí la carne  
De algun Mastin infiero.

Ahora me dan coces,  
¿Quién duda que el relleno  
De todo tiene carne  
Menos de Puerco y Cerdo?

Mañana me darán  
Carne de algun gallego,  
Y todos mis paisanos,  
Vienen sobre mí y muero.

Marchemos de una tierra  
Donde todo es enredo,  
Farsa y solo mentira,  
Y nada hay verdadero.

En la puerta limpióse  
Su ropa, y asaz cuerdo  
Dice: de aquí ni el polvo,

Y á mi tierra me vuelvo.

La verdad bien desnuda

Dijo aqueste Labriego;

Pero sigue el engaño,

La mentira, el enredo...

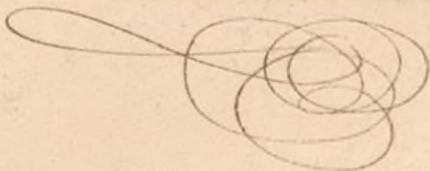
Pocos imitadores

Tiene el listo Labriego;

Mas deben tener todos

Presente aqueste ejemplo.

Niega á Dios el hereje impio,  
Como si de él dependiera  
Aquel que el Mundo y vacio  
De la nada solo hiciera.  
Estruendo á sus desmanes  
Piensa oír una palatúa,  
Y por sostener sus planes  
A Dios niega; mas se engaña.  
Su conciencia se lo dice,  
Pero su juicio le espanta,  
Y temoso contrahice  
Lo que á todo sér encanta.  
La perjurancia de los siglos  
Sembrado de luces bellas,  
Le causan sérios recelos  
Con su brillo y sus estrellas.  
El curso del sol, la luna...  
El mar, la tierra y las flores,  
Le avisan una por una  
De su ignorancia y errores.



FABULA XXIII.

La Impiedad.

Niega á Dios el fiero impío.  
Como si de él dependiera  
Aquel que el Mundo y vacío,  
De la nada solo hiciera.

Entregado á sus desmanes  
Piensa oír una patraña,  
Y por sostener sus planes  
A Dios niega; mas se engaña.

Su conciencia se lo dice,  
Pero su juicio le espanta,  
Y temoso contradice  
Lo que á todo sér encanta.

La hermosura de los cielos  
Sembrado de luces bellas,  
Le causan sérios recelos  
Con su brillo y sus estrellas.

El curso del sol, la luna...  
El mar, la tierra y las flores,  
Le avisan una por una  
De su ignorancia y errores.

Pero ciego y obstinado,  
Niega verdad tan sublime,  
Para acallar, el malvado,  
Su conciencia que le oprime.

Mas aunque niegue el impío,  
A Dios, la suma bondad;  
Al fin y al cabo en su juicio  
Confesará esta verdad.

Siempre cobarde el malvado  
Para seguir el error,  
A Dios negó muy osado,  
Sin que lo sienta en rigor.

FABULA XXIV.

El Amo y el Criado.

¿Yo no sé por qué en el mundo  
Han de estar muchos folgando,  
Y millones trabajando  
Sin descansar ni un segundo?

¿No sé por qué la riqueza  
Está tan mal repartida,  
Malgastando sin medida  
Mil y mil de la nobleza?

Así decia un labriego,  
Hablando con su criado,  
Sin parar muy sofocado,  
Y de cólera aun mas ciego.

¿Es posible, repetia,  
Que en hibierno y en estío,  
No haya descanso, Dios mio,  
Ni de noche, ni de dia?

El criado con pillada,  
Al momento su trabajo  
Dejó, diciendo el marrajo:  
Era doctrina esmerada.

Pero luego que le vió  
El labriego descansando,  
Al punto fué allí rabiando,  
Y del jornal le mermó.

¿Por qué tanta crueldad,  
Al amo dijo el criado,  
Si vos me habeis enseñado  
Este error y falsedad?

¡Carambal que la doctrina,  
Parece buena y es mala;  
El que tiene, se regala,  
Y el que no tiene, rechina.

De modo que el tal labriego,  
Que era un puro socialista,  
Quedó, pues, como un sofista  
Con la respuesta del lego.

La divina Providencia  
A todos nos crió iguales;  
Mas nos hizo criminales  
La ociosidad y licencia.

Sociedad es imposible,  
Sin que exista rico y pobre,  
Como se ve plata y cobre  
En el fósil productible.

Trabaja, pues, con constancia,  
Y persevera afanoso  
Si quieres ser poderoso  
Y tener con abundancia.

FABULA XXV.

La Sombra.

Siempre constante camina,  
En todas partes la encuentro  
Atrás y adelante corre,  
Con su descaro grosero.  
En el campo y en la casa  
Levantado y en mi lecho,  
Siempre conmigo la infame,  
Como si fuera un espectro.  
Crece y mengua en ciertas horas,  
Siempre cubierta de un velo,  
Sin hablar siquiera nada  
Calla y corre, y me da miedo.  
¿Qué hacer para abandonarla?  
Diréla, no hay otro medio,  
Que me deje en paz, y vaya  
A los profundos avernos.  
Cual fantasma que intimida,  
En todas partes la veo,  
Y aunque procuro no verla,  
Se presenta con anhelo.

Cada vez mas porfiada  
Me persigue como un perro;  
Si la reprendo, se calla,  
Pero me sigue lo mesmo.

Si corro, conmigo corre;  
Si paro, queda hecha un leño  
Y espera que yo me mueva  
Para seguirme de nuevo.

¿Qué quieres? yo la pregunto,  
Y calla con gran misterio;  
La insulto, y aun la amenazo,  
Mas tampoco admite el duelo.

Sigue constante al malvado  
La sombra de sus escesos,  
Sin que pueda hallar descanso,  
Mas que en la pena y tormento.

Si quieres vivir tranquilo  
Mira á Dios, llora en silencio,  
Y hallarás la paz que buscas,  
El descanso y el consuelo.

FABULA XXVI.

La Silla y la Butaca.

Una Silla muy vieja  
Rencor de una Butaca  
Tomó, porque su amo  
En ella descansaba.  
Llena de envidia suma  
La Silla mentecata  
Comenzó con insultos,  
Desaires y palabras.  
¿Por qué la vanidosa,  
Decia, al amo halagas,  
Permites que se duerma  
Y dé tanto á la holganza?  
¿Sabes estas haciendo  
Una cosa muy mala,  
Que á todos incomoda,  
Aterra y aun espanta?  
Si bien de seda vistes  
Con pompa suma y gala,  
Tu corazon oculta  
Pelos, morrilla y lana.

Tu modestia, prosigue,  
A mí nunca me engaña,  
Te conozco muy bien;  
Siempre fuiste malvada.

Es preciso te enmiendes,  
Y dejes esas faltas,  
Si no quieres sentir  
La pena mas amarga.

Al oír tales denuestos,  
Habló al fin la Butaca,  
Y á la Silla la dijo,  
Estas mismas palabras:

Sabe la muy raida,  
La rota y alti-flaca,  
Se me fué la paciencia  
Con tanta bufonada?

Cállese la imprudente  
Y vaya noramala;  
Que por ser una vieja  
Gruñe tanto, y se enfada.

¿Qué culpa tengo yo,  
Que á tí te den de baja,  
Si todo eso consiste  
En que el siglo ya avanza?

Si la experiencia misma  
Advierte ya tus faltas,  
Sufre, pues, y paciencia,  
Que todo el tiempo acaba.

Y si así no lo hicieres,

Teme pronta venganza,  
Que en el fuego no pocas  
Pagaron bien su audacia.

La Silla quedó muda,  
Medrosa y asustada,  
Y conoció en el acto,  
El fin que la esperaba.

Con mas cautela luego  
Siguió mas recatada,  
Con la Butaca muelle,  
Diciendo muy sensata:

Pudiera haberme ahorrado,  
Si yo no la insultara,  
Publicase atrevida  
Mis repetidas faltas;

Mas ya que no lo hice,  
Prudencia encargo, y valga  
Mi ejemplo de escarmiento,  
Que á todos hace falta.

¡Cuántos como la Silla  
Oyeron con escama  
Los vicios que encubria  
Su ciencia tonta y vanal

Por eso el presumido  
En todos halla manchas;  
Mas recibe al contado  
El premio de sus faltas.

FABULA XXVII.

La Zorra y el Lobo.

Con un hambre cruel, y cual ninguno  
Sufrió nadie en el tiempo de su vida,  
La Zorra por un monte con su ayuno;  
Cazaba sin pararse distraída.

Persiguiendo un Gazapo á la carrera,  
Y saltando las matas que encontraba,  
Se enredó en una zarza, y prisionera  
Quedóse sin pensarlo, aunque gritaba.

Después de mil trabajos y mandobles,  
Soltóse como pudo del enredo,  
Y en el bosque inmediato de unos robles  
Se metió con silencio sumo y quedo.

Esperando impaciente y resentida,  
Oyó un ruido á la espalda y un estrago,  
Que la aterra, sobresalta é intimida,  
Cual torbellino por el aire vago.

Curiosa por saber lo que pasaba,  
Asomóse entre ramas y unos palos,  
Y divisa una fiera que aguardaba,  
Sin orden sus cabellos, dientes ralos.

Un Lobo colosal, hambre canina,  
Recorria aquel bosque y aun el prado,  
Y á la Zorra seguía, porque indina  
No dejaba un mosquito descuidado.

Caíste en el garlito por golosa,  
Pagarás sin recurso tus pecados,  
Dice el Lobo á la Zorra, y temerosa,  
La tuna mira atenta á todos lados.

El Lobo se intimida, cosa estraña,  
Grita ella, cazadores... los Alanos...  
Y el Lobo sin pensar era patraña  
Pavoroso corrió bosques y llanos.

La Zorra se salvó de este percance  
Por su astucia y saber; y bien mohino,  
Al Lobo que es mas fuerte, en este lance,  
Correr hizo, y huir como un doetrino.

Las ciencias y el saber, mas que el valor,  
Hicieron las naciones poderosas;  
Sin ellas, no hay virtud, todo es dolor,  
Angustias infinitas y horrorosas.

FABULA XXVIII.

El Casamiento de la Mona.

Una Mona  
Se casaba,  
Y antes quiso  
Remilgada,  
Dar su parte  
Cortesana,  
De su enlace  
Muy sensata,  
A las Monas  
Mas saladas,  
Que se han visto  
Por montañas,  
Y en los bosques  
En que andaba,  
Siendo joven  
Y muchacha.  
Al efecto  
Asociada  
De amiguitas  
De su raza,  
Bien compuesta

Y atusada,  
Sale en busca  
De otras damas,  
Tan bonitas  
Y tan chatas  
Como ellas  
Y tan malas;  
Porque quiere  
Porfiada  
A la boda  
Convidarlas,  
Y su fiesta  
Sea el alma  
De grandeza,  
Pompa y gala.  
Todas fueron  
Preparadas,  
Por las selvas  
Inmediatas  
Paseando  
Cual sultanas;  
Y los Monos  
De jarana  
Convidados  
Y de holganza,  
Van tras ellas  
De reata,  
Muy cumplidos  
A la usanza,

Esperando  
Que las damas  
Den permiso  
Con sus chanzas,  
Y que empiece  
Baile y danza.  
Al momento  
La comparsa  
Que licencia  
Ya otorgara,  
Comenzóse  
Sin tardanza;  
Y ya corren  
Y ya danzan;  
Unos brincan,  
Otros saltan,  
Aquí trinchan,  
Allí cantan,  
Todos comen,  
Todos hablan,  
Echan brindis,  
Y no paran;  
Y se bebe,  
Y se charla,  
Y se triunfa,  
Y se gasta;  
Todo place,  
Todo agrada,  
Todo es risa

Y algazara.  
Mas la fiesta  
No se acaba,  
Sin que venga  
Otra danza,  
Que incomoda  
Mas y espanta.  
De repente  
Cuando estaban  
Mas alegres,  
Mas jugaban,  
Se mosquean  
Y se enfadan,  
Y de pronto  
Todos callan.  
Mono y Mona  
Ya no se aman,  
Se aborrecen,  
Y maltratan,  
Porque celos  
Cual fantasma  
No les dejan,  
Y se marchan  
En el mundo  
No hay bonanza  
Y la fiesta  
Mas galana  
Sin prudencia  
Mal acaba.

FABULA XXIX.

La Huérfana y la Providencia.

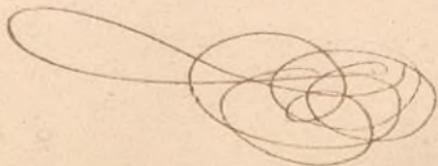
En su triste albergue,  
Con suma miseria,  
Lloraba una jóven  
Su suerte sin tregua.

Allí abandonada,  
Su grande tristeza  
Fatigó su pecho,  
Marchitó la pena.

Cual vergel ameno,  
Que verde se ostenta,  
Cuando el jardinero  
Le cuida y le riega;

Así en otro tiempo  
En su edad primera,  
Estuvo servida  
Como una princesa.

Pero ¡suerte impial  
Cual arista seca,  
Que el viento arrebató  
Y cubre la arena,



Se vió sumergida  
La triste doncella  
Sin padres ni hermanos,  
Y en desgracia plena.

Crece sus apuros,  
El temor se aumenta,  
Y sus pensamientos  
Agitan y afectan.

¿Quién, pues, la socorre?  
¿Quién va y la consuela?  
¿Quién con ella llora?  
¿Quién oye sus quejas?

Todos de consuno,  
Cual silvestres fieras,  
Huyen de su lado,  
Y arrecian su pena.

Sigue su desgracia,  
Y la suerte adversa  
Pavorosa trata  
Aun con mas fiereza.

Desprecia la vida,  
A la muerte arenga,  
Pero inexorable  
Márchase y la deja.

Ya desesperada  
De tanta insolencia,  
A Dios clama y pide,  
Suplica y le ruega.

Pronto el Dios clemente

A la jóven bella  
Corre presuroso  
En su auxilio, y llena  
De finos placeres,  
De riqueza inmensa,  
Y enjuga sus lágrimas  
Con su providencia.  
Procura ante todo  
Con suma modestia  
A Dios dirigirte  
En la suerte adversa,  
Que el mundo engañoso  
No da mas que penas,  
Pesares sin cuento  
Fatigas sin tregua.

---

FABULA XXX.

La Estátua de la Comedia.

Dos labriegos vinieron  
A ver la corte hermosa de la España  
Y luego que la vieron,  
Molidos, no me estraña,  
Resolvieron volverse á su montaña.

Andando los dos junto  
A la gran plaza de Isabel segunda  
Vinieron tan á punto  
Do se oía baraunda  
Al poner una estátua en su rotunda.

Al momento empezaron  
A hacer sus comentarios á porfia,  
Y al punto preguntaron  
A dos con ironía  
Esplicasen aquello que allí habia.

El mundo significa,  
Y aunque diz... la Comedia representa,  
Su facha bien explica  
Al mundo, y le presenta  
Sin fé, sin providad, segun se ostenta.

Al pronto incomodados  
De palabra tan dura é indiscreta,  
Quedáronse pasmados;  
Mas vieron la careta  
Y al momento tomaron ya soleta.  
La accion de los labriegos,  
Y el correr sin parar y tan de prisa  
Enseña aun á los ciegos  
A ver, y los avisa  
Del peligro del mundo y su sonrisa.

FABULA XXXI.

El Lobo y el Pollino.

Un Lobo atroz y con hambre  
Se encontró con un Pollino  
Paseando por un monte  
Aun sin haber comido.

Hablóle el Lobo con pausa  
Y al parecer impolitico,  
Le preguntó algunas cosas  
Que no respondió de tímido.

Siguiendo mas adelante  
Y en sus preguntas ladino,  
El Lobo se iba acercando,  
Y retiraba el Asnillo.

Prudente como su abuelo  
Conoció pronto el peligro  
En que fuera, y daba largas  
A huésped tan desmedido.

Sentado, segun costumbre,  
El Lobo como un rabino  
Comenzó á contar sus robos

Y otras cosas el gran pillo.

El Asno, pues, le escuchaba  
Como si fuera un novicio;  
Porque el pobre ya temia  
Aquel descarro sin tino.

Pero su gran pesadumbre  
Sintió cuando el Lobo dijo:  
Cuenta tú tus fechorías,  
Porque yo ya he concluido.

El pobre Burro apurado  
Le respondió muy sumiso;  
Nada tengo que decirte,  
Solo haber comido trigo.

El Lobo echóse á reir,  
Mas á temblar el Pollino,  
Que si no fuera, pues, tal  
Le enviara ya al avio.

Pero conoció no obstante  
Simular era preciso  
Para evitar un percance  
Y frustrar un burri-cidio.

Contóle que á su amo un dia  
Le mató infiel un cabrito  
De una coz, tan bien parada  
Que le dejó sin sentido.

Al Lobo que se estiraba  
Para darle un buen mordisco,  
Dióle otra tan salada,  
Que le quedó como un mico.

No siempre fué el poderoso  
El mas fuerte, ni el mas listo;  
Vale mucho la cautela  
Y aprovechar un descuido.

FABULA XXXII.

---

El Insulto.

Un pillo dijo á un ciego  
Que le comprara,  
Un ojo que él tenia  
Y le sobraba.  
Y el ciego idiota,  
Al pillo dejó tuerto  
Con daca y toma....  
Y esto sucede,  
Al que se burla de otro  
Y le envilece.

FABULA XXXIII.

---

El Mono Retratista.

Una Mona queria  
En su casa tener un gran retrato,  
Y dió licencia un dia  
Un Mono rezador y muy beato  
Con el cual se casara  
Por verle hacer visajes con la cara.  
Por último un diluvio  
Vinieron á su casa de pintores,  
Mas solo un peli-rubio  
Sin ciencia ni saber, que echaba flores,  
Gustó mucho á la Mona,  
Porque era mozo esbelto y gran persona.  
Al momento le llama  
Deseosa de verle que la pinte,  
Porque diz... que la fama  
Del color parecido y de su tinte  
A ninguno igualaba  
En toda la ribera ni se hallaba.  
El renombrado artista  
Era un Mono festivo y calavera;

Pero por retratista  
Pasaba allí entre todos, aunque fuera  
Pedante cual ninguno,  
Criminal, petardista, y aun muy tuno.

Mas sabio de repente  
Presentóse en la casa pinta-monas  
Erguida bien su frente;  
Pero si bien se mira y reflexionas,  
Verás que aquesta ciencia  
Es solo una monada é insolencia.

¡Cuántos hay con gran fama  
Que viven en el mundo como sabios,  
Y así la Mona llama!  
Pero que nada saben, y resabios  
Dicen á troche y boche,  
Sin poder consentir se les reproche.

FABULA XXXIV.

El Juego de la Rayuela.

Jugando, pues, unos niños  
A la rayuela en el suelo  
Hicieron pronto su raya  
Como acostumbran á hacerlo.

Todo aquel que se pasaba  
Perdia, no habia remedio,  
Y pagaba aquella prenda  
Que concertaron por cierto.

De suerte que casi todos  
Perdian en este juego  
Y á la raya divisoria  
Teníanla mucho miedo.

Así yo observo acontece  
En todas las cosas luego,  
Que por pasarse la raya  
Lloraron muchos su esceso

---

FABULA XXXV.

---

El Loco y el Podenco.

En cierto lugar  
Existe un demente  
Tan malo y tan pillo  
Que á todo se atreve.

En el pueblo huyen  
Y corren las gentes,  
Cuando se presenta  
Erguida su frente.

Pero en su manía  
Un horror aleva  
Guarda á todo perro,  
Aunque sea valiente.

Cargado al intento  
De un canto solemne  
Al que veia echado  
¡Dios santo y elemente!

Del golpe dejaba  
Herido de muerte  
Y luego corria  
A casa á esconderse:

De modo que el Loco,  
Así locamente  
Los perros tenia  
Metidos en brete.

Pero fue una tarde  
Y al del tío Vicente  
En la misma puerta  
De casa le hiere

Dándole un porrazo  
Tan grande y tan fuerte  
Que al pobre Podenco  
Dejó sin un diente.

Mas el amo llega  
Y al Loco le vuelve  
Lo de adentro fuera  
Para que se acuerde.

¿Quién á mi Podenco  
Darle así se atreve,  
Siendo tan humilde,  
Tan manso y prudente?

Toma, gran villano,  
Le dice mil veces,  
Y al Loco le puso  
Muy blando y caliente;

Pero mas pacato  
Y cuerdo, se entiende,  
Porque en adelante  
Decia ya siempre:

¿Si será Podenco?

Y como al fin teme  
Todos los dejaba  
Ir tranquilamente.

Por esto se dice,  
Y así, pues, sucede,  
Que la pena hizo  
Al Loco con mente.

FABULA XXXVI.

La Revolucion de los Ratones.

En unos almacenes  
Criábanse por cientos los Ratones  
Corriendo en sus andenes  
Por todas las mansiones  
Asomando tambien á los balcones.  
Llevaban muchos años  
En aquella morada hermosa y linda,  
Sin sustos y sin daños,  
Donde todo los brinda  
Con quesos, salchichones, dulce y guinda.  
Alegres y contentos  
Pasaban bien la vida sin fracasos  
Con sanos alimentos,  
Aunque estaban escasos  
de turrón, leche y huevo en ciertos casos.  
De viejos se morian;  
Todos tatarabuelos conocieron;  
Males nunca tenian,  
En paz siempre vivieron,  
Hasta que la ambicion reinó y riñeron.

Fué tal el alboroto,  
Que se oyeron las voces y chillidos  
En sitio muy remoto,  
Y Gatos foragidos  
Fueron á separarlos muy cumplidos.

Apenas los olieron,  
Todo quedóse en paz como un convento;  
Mas luego que se fueron,  
Empezóse al momento,  
El combate mas duro y mas sangriento.

Los Gatos atufados,  
De escándalo tan grande y tan villano,  
Fueron por los tejados  
Con ánimo profano;  
Mas con puertas cerradas todo es vano.

La contienda seguia,  
El amo llegó á punto, abrió la puerta,  
Entra la gatería  
De pronto bien alerta,  
A este coge, aquel pillá, al otro acierta.

Casi todos la vida,  
Entre las uñas de los Gatos fieros,  
Perdiéronla en seguida,  
Por tontos, majaderos  
Que pudieran vivir siglos enteros.

¡Cuántas veces la muerte,  
El hombre se buscó por su avaricia!  
Viviendo con gran suerte,  
Entrole la codicia,  
Y todo lo perdió con su malicia.



FABULA XXXVII.

Los Bueyes y el Caballo.

En un establo metidos  
Dos Bueyes con un Caballo  
Dícese y tiene por cierto  
Tenian aqueste diálogo:

¡Carambas! y qué fortuna,  
Dijo un Buey, tiene el Caballo,  
Jamás trabaja ni ara,  
Y siempre está de regalo.

Nosotros que nieve ó llueva  
Sin remedio siempre al campo  
Nos llevan, muy mal comidos  
Viviendo bien apurados.

Nuestro pesebre con heno,  
El suyo del mejor grano,  
Así se vive gustoso  
Con gozo y desembarazo.

Por eso relincha bien,  
Y tiene el lomo tan ancho;

Pero los pobres tenemos,  
Que pasar hambre, y callarnos.

Al corcel, que las endechas  
Del Buey, fueron atufando,  
Por último fué y les dijo,  
Eran unos mentecatos;

Que bien podian dejar  
Alguna vez el trabajo,  
Haciendo muy bien la maula,  
Quejándose de estar malos.

Hoy uno, mañana otro,  
Así luego llega el sábado,  
Y una semana de holganza  
Vale mucho en ciertos casos.

Los Bueyes se relamian,  
Y conviniendo en un plazo,  
Al corcel dieron las gracias  
Por un dictámen tan sano.

Al otro dia uno cojo,  
Sin querer probar bocado,  
Dejéronle ya en la cuadra;  
Mas al otro le engancharon

Con el Caballo, que nunca  
Se puño el pobre al arado,  
Y que por torpe el gañan  
Sacrificó con venablo.

Todo se le iba en reir,  
Al Buey, pues su amigo amado,  
De modo que ya la baba

Le colgaba sin reparó.

El pobre Caballo místico,  
Y mas contrito que un santo,  
Comenzó á refunfuñar  
Y á maldecir de su estado;

Diciendo allá en su lenguaje,  
Soto boche y por lo bajo:  
La culpa me tengo yo  
De haber así aconsejado.

Pero al amo, no hay remedio,  
Tengo que manifestarlo,  
Porque sino luego muero  
Por simple y por mentecato.

Mas antes de hacerlo así,  
Debo pensarlo despacio,  
No sea que me suceda  
Poco menos otro chasco.

Que por hablar muy de prisa  
Sin siquiera meditarlo,  
Hice favores á otros,  
Mas disgusto el resultado.

Y esto, maldita la cuenta  
Que á mí me tiene, y declaro,  
Que siempre que ya aconseje,  
Lo he de hacer con mas recato;

Para que no me resulte  
Algún detrimento ó daño,  
Porque caridad comienza  
Por uno mismo, no hay fallo.

Y por si alguno se olvida  
De esta verdad, insensato,  
No dude suceder puede  
Lo que á mí con el criado.

El Genio III

Tres cosas, según yo creo,  
Con Cristo se ven de ahora,  
Y estas son, como me engañó,  
La pinta, el alma y la guerra.  
Si quieren de la cuenta dar,  
Y la ponga en este estado,  
Miren bien á una mujer,  
Si se pone bella una Hiena.  
Así, pues, los elementos,  
Aligen y desespantan,  
Cuando pierden su equilibrio,  
Aunque tranquilos parecen.  
Es preciso contener,  
Las pasiones con prudencia,  
Mortificar mucho el genio,  
Y desterrar la soberbia.

FABULA XXXVIII.

---

El Genio.

Tres cosas, según yo creo,  
Con gusto se ven de afuera,  
Y estas son, sino me engaño,  
La pintura, el mar, la guerra.

Si quieren diga la cuarta,  
Y la ponga en esta esfera,  
Miren bien á una mujer,  
Si se pone hecha una Hiena.

Así, pues, los elementos,  
Afligen y desesperan,  
Cuando pierden su equilibrio,  
Aunque tranquilos recrean.

Es preciso contener  
Las pasiones con prudencia,  
Mortificar mucho el genio,  
Y desterrar la soberbia.

---

FABULA XXXIX.

El Concierto.

En casa de un vecino  
A un músico llamaron  
Para dar un concierto  
El día de su santo,  
Repartiendo targetas  
Y vales de antemano.  
A la hora señalada  
Fueron todos entrando  
Alegres y contentos  
Corriendo muy ufanos,  
Porque tocaba mucho  
Y muy bien el piano.  
Comenzóse la fiesta  
En paz, y colocados  
Oyeron mil primores  
Y aquel correr de manos,  
Victoreándole todos  
Con sinceros aplausos.  
Pero el músico loco,  
Estático, engolfado

Con sus vales y polcas,  
Tanto quiso agradarlos  
Que cínico empañose  
Tocar sin mas dejarlo.  
Siguió dándole al dengue  
Sus teclas meneando,  
De modo que las gentes  
Fueron ya desfilando  
Todos hartos de oírle  
Sin que parase un rato.  
El señor de la fiesta  
Tambien se fué atufando  
Hasta que al fin le dijo:  
Iremos á acostarnos,  
Si usted quiere mañana  
Podrá hacer otro tanto.  
Mas el músico sordo  
Bastante sofocado  
Siguió terne en sus teclas  
Otra vez el fandango.  
Al fin hubo que echarle  
Por fuerza y con escarnio,  
Armándose tal gresca  
Que el músico, aun al amo  
Tocó tambien las teclas,  
Que fué, pues, un milagro  
Que dejara con vida  
Despues de solfearlo.  
Aun á las señoritas

Si coge el insensato  
La solfa las enseña  
De un modo muy pesado.  
Fué preciso á la guardia  
Llamar en aquel acto;  
Pero todo fué inútil,  
Nadie pudo aplacarlo  
Porque diz... que el concierto  
Estaba aun empezando.  
Vino en fin la justicia  
Y sucedió otro tanto,  
Repitiendo la escena  
De palos y fandango,  
Hasta que al fin pudieron  
Atarle pies y manos  
Y llevarle á chirona  
A tocar á los diablos  
Por ser impertinente  
De sobra y mentecato.  
Sucede con frecuencia,  
Que el placer algun rato  
Consuela, alegre y gusta;  
Pero se hace pesado  
Por falta de prudencia,  
Y no saber dejarlo.

---

FABULA XL.

La Zorra, el Conejo y su Sombra.

Una pícara Zorra cual ninguna  
Solía ir de caza muy temprano,  
Y al pasar de prisa, en un majano,  
Se paró de repente la gran tuna.

Parada de esta suerte y distraída,  
Divisó un Conejo, que corriendo  
Se metió en su cueva el reverendo,  
Burlándose atrevido con su huída.

La Zorra á quien el hambre ya apuraba,  
Conoció que el cazar quiere paciencia,  
Y rabiosa de encono y sin conciencia,  
Juró guerra al Conejo, y simulaba.

Al pronto dió una vuelta casi al trote,  
Y viniendo á parar sobre la gruta,  
Allí fija sus reales muy astuta,  
Esperando cogerle del cogote.

Cansada de esperar, casi al instante,  
Al ver ya que el Conejo no salía,  
De rabia y de furor se deshacía,  
Y enfadada tomó luego el portante.

Al punto que la Zorra se habia ido,  
El Conejo se sale de su cueva,  
Sin miedo, sin temor, dando una prueba,  
De su ingenio sagaz y buen sentido.

¡Vaya, dijo la Zorra, está muy bueno  
Que un galopin se esté de mi burlando,  
Como el Lobo mas fiero y mas nefando,  
Y desprecie mi astucia muy sereno!

Va tras él, por lo tanto, á la carrera,  
Y el Conejo que la vió, con sumo ahinco,  
En su cueva se entró de un solo brinco,  
Dejándose á la Zorra parte á fuera.

Como un mono la Zorra todo el dia  
Llevóse cual estatua allí fijada,  
Espiendo al Conejo muy osada,  
Taciturna y callada de vigía.

La sombra de la Zorra en su aposento  
Observaba el Conejo casi enfrente,  
Mas nublóse de pronto, y cabalmente  
Todo quedóse igual en el momento.

Con mas hambre que sed, y todo junto,  
El Conejo, que salir ya deseaba,  
Dió un salto de placer, pues ya pensaba,  
Que la Zorra cazaba en otro punto.

Apenas el Conejo salió fuera,  
La Zorra se presenta, y á su vista  
Se acongoja, fatiga y se contrista,  
Al verse ya cogido por la fiera.

Su pesar y clamores repetidos,

Que hubieran desarmado al mas valiente,  
A la Zorra exasperan justamente,  
Que mata sin parar, y no dá oídos.

Hay muchos que no saben lo bastante,  
Y se dan tanto tono é importancia,  
Que estos versos condenan en sustancia,  
Y enseñan á vivir al ignorante.

FABULA XLI.

El Sastre y el Aprendiz.

Con grande prisa marchaban,  
Siguiendo por un camino,  
Un Sastre y un Aprendiz;  
Sin comer, ni haber bebido.

El Sastre hablaba á porfía  
De lo bien que en el oficio,  
Pasaba la vida, y era  
De todos tan bien querido.

Cuanto mas hablaba el Sastre,  
Se callaba mas el chico,  
Pero el parlante maestro  
Al fin y al cabo le dijo:

Parece vas mareado;  
Sin duda, pues, el camino  
Te cansa por ser tan largo,  
Y venir tan calladito.

En cambio ya llegaremos  
A la casa, y allí mismo  
Almorzaremos con gana,  
Con mas hambre y apetito.

Al oír estas palabras  
Rompió su silencio el chico,  
Porque llevaba mas hambre  
Que Zorra cuando anda á grillos.

Pero el maestro volvió  
A la cancion de su oficio,  
Y el Aprendiz á callarse,  
Pero dando algun suspiro.

Mas de dos meses hacia  
Estaba el pobre sombrío,  
Sin tomar cosa caliente,  
Ni haber probado un chorizo.

Por último ya llegaron  
A la casa del tio Lino,  
Que así se llamaba el amo,  
Aunque no lo sé de fijo.

Al momento que los vieron,  
Bajaron todos los hijos  
Mas contentos que un maestro  
Cuando da asueto á los niños.

A mí, maestro, un gaban,  
A mí, un saqué muy bonito,  
A mí, un levisac de seda,  
A mí, un traje todo fino.

A todos he de servir,  
Con primor y de lo lindo,  
Y he de cortar con cuidado,  
Para que salgan bonitos.

Ya sabeis que soy un Sastre

De lo mejor que se ha visto,  
Teniendo tela abundante  
Y estando bien mantenido.

Por de pronto unas chuletas  
Ponerme con algun frito;  
¿Y al aprendiz? no le gustan;  
Esto lo dijo quedito.

Pero lo oyó limpia-chupas  
Que se pasaba de listo,  
Y juró por las chuletas,  
Armar la de Dios es Cristo:

Era costumbre del sastrero  
Cuando cortaba, el hocico  
Meter y sacarle fuera,  
Y hacer visajes sin tino.

Se fué luego á la cocina  
El Aprendiz, y sumiso  
Al ama dicen que diz...  
La robaban sin sentido.

Que el maestro era un tunante,  
Un ladron de los mas finos,  
Cuando hacia muchos gestos,  
Y meneaba el hocico.

Que en conciencia lo decia  
Por su bien, que era enemigo  
De andar en chismes y cuentos,  
Pero encargaba el sigilo.

La mujer que era una Hiena,  
Al punto fué á su marido,

Y se lo contó, aumentando  
Aun mas, que el muchacho dijo.

Entre el Sastre y la familia  
Armóse tan grande lio,  
Que el Sastre muy mal parado,  
Salió, dicen, y aun herido.

De modo que el Aprendiz  
Se vengó bien por lo visto,  
Enseñando á su maestro  
A ser mas caritativo.

Aunque bueno es perdonar,  
Y así lo manda Dios mismo,  
Tambien es bueno enseñar  
Al que mal anda el camino.

FABULA XLII.

El Perro de Confianza.

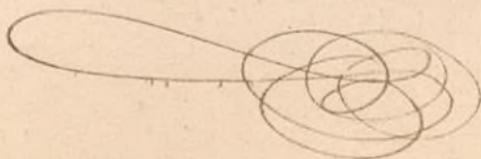
Un Perro de un Labrador  
Andaba siempre hecho un vago,  
Solo hacia algun halago  
Si veia á su señor.

Mantenido con esmero  
Obraba siempre con dolo,  
Y continuamente solo  
Dejaba el tuno el apero.

Como hipócrita de cuenta  
Que oculta infame estravio,  
Andaba siempre sombrío  
Tramando alguna tormenta.

La confianza que en él  
Hacian todos en casa  
Le puso fiero, y sin tasa  
Mas soberbio que Luzbél.

Pensando siempre maldades  
Por vivir sin hacer nada,  
Con audacia suma osada,  
Discurria crueldades.



Aunque cobarde, indeciso,  
Al gallinero fué un día,  
Y á los Pollos ¡qué osadial  
Acometió de improviso.

Haciendo tan grande estrago,  
Que murieron, y no es cuento,  
De inocentes mas de ciento,  
En los dientes de este vago.

De modo que este holgazan  
Por huir de su trabajo  
Fué tan perverso y tan bajo  
Como el mas pilllo y truhan.

Aprende, niño, y la holganza  
De tí destierra, ya sabes  
Lo del Perro, y nunca acabes  
De estudiar con confianza.

FABULA XLIII.

---

El Cabo y el Soldado.

Un Soldado en su cuartel  
Aprendia el ejercicio  
Y el Cabo que le enseñaba  
Era de muy malos vicios.

Un dia que estaban los dos  
Del Coronel al servicio  
El Cabo dijo al Soldado;  
Vé por el rancho muy listo.

El Soldado fué, no hay duda,  
Pero marchó con tal brio,  
Que el Cabo ya de esperar  
Se cansó, y aun no le ha visto.

Aprenda todo el que enseña  
A no tener genio altivo,  
Que puede bien sucederle  
Lo que al Cabo de servicio.

---

## FABULA XLIV.

---

### Los dos Pollinos.

Un labriego habia  
En cierto lugar,  
Que con dos Pollinos  
Iba á su heredad.

Al uno muy manso  
Solia cargar  
Siempre con la azada,  
Merienda y morral.

Al otro, algo falso  
Que era en cocear,  
Le llevaba en pelo  
Con mas libertad.

En el campo ambos  
Juntos á compas  
El falso no hacia  
Sino rebuznar.

Al contrario el manso  
Tira tanto mas  
Y se gana el pienso  
Que come y le dan.

Todo el dia uncidos  
El amo al parar,  
La cebada echaba  
A los dos igual.

Viene ya la noche,  
Vuelven á cargar  
Al manso, y el otro  
Le sigue detras.

Llegan luego á casa  
Y á la puerta ya  
Al manso por agua,  
Llevan del ramal.

Monta la criada,  
Echan luego á andar,  
Y tambien los niños,  
Por supuesto, van.

De modo que el pobre  
Sin poder ya mas,  
Viene y va á la fuente,  
Sin nada probar.

Pero pasó tiempo,  
Y un dia fatal,  
Al manso ya cojo  
Hubo que curar.

Cogen, pues, al falso,  
Que era muy truhan,  
Y sacan al punto  
Creo del corral.

Pónenle la cincha,

Albarda y ajuar,  
Y á coces y brincos  
Tira en el portal:

Viene al punto el amo,  
Y quiere montar,  
Pero de sus coces  
Teme hasta no mas.

De suerte que al manso  
Débil como está,  
Vuelven á cargarle  
Hasta el horcajal.

¡Cuánto pasa de esto  
En todo lugar,  
Que al bueno le cargan  
Por tener bondad!

Es cosa sabida  
Que al bueno se van  
Todos, y del malo  
Huyen con afan.

Mas debe todo hombre  
Si tiene moral,  
Hacer cuanto pueda,  
Y no cocear.

---

## FABULA XLV.

---

### El Hombre y la Zarza.

Un Hombre la Zarza vió  
Rozando una tierra suya,  
Puede ser, dijo, destruya  
Otras plantas, y cortó.

La pobre Zarza al momento  
Conoció su triste suerte,  
Y su prematura muerte,  
Faltándola ya el aliento;

Pero mas fué su dolor,  
Cuando el hombre lleva al fuego,  
Con soberbia suma y ciego,  
Clamando con mas furor:

¿No se yo por qué creció  
En mi heredad y plantel  
Una mata tan cruel;  
¿Para qué Dios la crió?

Todo se chupa la impla,  
Nada me deja crecer,  
Todo se muere al nacer,  
¿Quién sufre tal villanía?

La Zarza que aun esto oyó  
Al hombre, le dice: fátuo...  
Aunque te parece árduo,  
Te probaré sirvo yo.

El hombre de esta sentencia  
Se burló cierto y seguro,  
Y segun yo me figuro,  
Despreció aquella advertencia.

Despues ya que esto pasó,  
Cavando á orilla de un rio,  
El hombre fué y dió un desvio,  
Y en las aguas se cayó.

Las olas en aquel dia  
Le arrastraron, y allí mismo  
Desde el fondo del abismo  
Vió una Zarza que allí habia.

Pasmado, aterido y yerto,  
La Zarza aquel aldeano  
Tomó y cogió con la mano,  
Moribundo y medio muerto.

Con ella al fin se salvó;  
Mas asido como estaba,  
Le dice la Zarza brava:  
¿Te sirvo, pues, ahora yo?

A tu saber y talento  
De esta fábula el moral  
Te dejo: mas no hagas mal.  
Y sé con todos atento.

FABULA XLVI.

---

El Estudiante y el Grillo.

Paseando un Estudiante  
Por un jardin muy florido  
Repasaba su leccion  
Con esmero y muy activo.

Quedóse al pronto parado  
Del gran descaro de un Grillo,  
Porque en su casa chillaba  
Al parecer guarecido.

Atisvale ya el muchacho,  
Deja el libro, y muy quedito,  
A paso lento camina  
Donde parece le ha oido.

Ya no rechina, ni canta  
El astuto animalillo,  
Hasta que observa le deja  
Desconsolado aquel niño.

Apenas vuelve la espalda  
Sale á su puerta ya el vicho  
Y cri, cri, de nuevo canta,  
Desafiando con brio.

Mas ahora con astucia  
El Estudiante mas listo,  
El agujero repara  
Y á su cruel enemigo

Con uná débil cañita  
Que introduce en el hoyito,  
Consigue luego sacarle  
Y llevarse al atrevido.

Mas ¡válgame Dios, señores,  
Qué apurado se vió el Grillo,  
Cuando sintió que la tierra  
Se movia de su sitio!

Mil perdones, pues, dirige,  
Ya abandona su canticio,  
Pero inexorable entonces  
Vino á morir por el pico.

Así sucede que algunos  
Por habladores sin tino,  
Pagaron cuanto debian  
Cayendo así en el garlito.

---

## FABULA XLVII.

---

### La Lisonja.

La Lisonja me puso  
Muy presumido,  
Pero yo quedé siempre  
Hecho un Pollino.

Tema, y el sabio,  
Que así pueden llamarle  
Por tonto y vano.

Que bien las flores  
Atufan y fastidian  
En ocasiones.

---

FABULA XLVIII.

---

La Malva y la Ortiga.

Criábase una Malva  
En medio de una huerta;  
Mas tambien á su lado  
La Ortiga con sus flechas.

De vecina tan dura  
Clamaba á Dios de veras,  
Mas la orgullosa Ortiga  
Burlábase bien de ella.

Tanto ya la azotaba  
La planta cruel, fiera,  
Que la Malva morir se  
Pensó de horror y pena.

Sus espinas de acero  
Clavaba sin reserva,  
Teniéndola oprimida  
Sin vida y casi muerta.

Cansado el sufrimiento,  
La Malva pide y ruega,  
Pero sigue la Ortiga  
Su rabia y su fiereza.

Al fin á un ratoncillo  
La pobre va y se queja,  
Y fino cual ninguno  
Socorro da y consuela.

Al momento la roe,  
Y la Ortiga severa  
Cayó y murió en el acto,  
Aunque con gran sorpresa.

No te burles, soberbio,  
Haciendo de tu fuerza  
Alarde, porque muchos  
Tuvieron muerte acerba.

FABULA XLIX.

---

La Zorra y la Tempestad.

En noche tenebrosa  
Do el relámpago vivo y refulgente  
Conmueve, y pavorosa  
Aterra y estremece al mas valiente,  
La Zorra caminaba  
Por selvas, matorrales y cazaba.  
Sin luz y pensativa,  
Con el mayor descaro y picardía  
Hizo su tentativa,  
Sin miedo, sin temor, con bizarría,  
Entrando en un majuelo,  
A comerse las uvas sin consuelo.  
Andando entre el follage,  
Por no verlas tan pronto se impacienta,  
Y llena de corage,  
Al cielo insulta audaz y á la tormenta,  
Dando tan grandes gritos,  
Que la oyeron los guardas muy peritos.  
A las voces, pues, fueron  
Con sigilo, sin ruido, y gran cuidado,

Y allí mismo la vieron  
Con la luz del relámpago estremado,  
Pidiendo sofocada  
Luz mas clara, constante, y más pausada.

Los guardas con esmero  
Al verla así, furiosos se preparan,  
Y al destello primero  
Toditos de consuno la disparan,  
Hiriéndola de muerte,  
Por pedir y rogar contra su suerte.

Preciso es con urgencia,  
Saber á quien se ruega y favor pide,  
Que puede la imprudencia  
Ser terrible y cruel que circuncide;  
Y en ciertas ocasiones,  
Mas vale privacion, que desazones.

---

FABULA L.

---

El Garduño y las Gallinas.

Entrando por una puerta  
Un Garduño á un gallinero,  
Al tiempo que iba á salirse  
Le mordió su rabo un Perro.

Cuando llegó ya á su cueva  
Y se vió sin jopo entero,  
De enfado empezó á rabiar  
Y á jurar como un blasfemo.

Jamás iré por la puerta,  
Decia, aunque sea cierto,  
Que por ventanas ladron  
Haga sus robos comprendo.

Brincando puedo salvarme,  
Evitando un contratiempo,  
Burlándome de Mastines,  
Aunque sean los mas fieros.

Por las paredes he de ir,  
Gateando muy travieso,  
Que para eso tengo uñas  
Tan duras como el acero.

Y en esta noche hasta el Gallo  
Me he de comer sin remedio,  
Que el tunante fué la causa  
Que esté sin rabo y sin pelo.

Así, pues, hora avanzada,  
La una y media en silencio,  
Entróse por un postigo  
Que pasaba al gallinero.

Apenas entró el Garduño  
Las Gallinas al révuelo  
Por librarse de sus uñas  
Cerraron el agujero.

Ya no pensaba en Gallinas,  
Ni tan poco en Gallo, creo,  
El Garduño, y la salida  
Buscaba en aquel aprieto;

Mas el pobre allí quedó  
Al otro dia deshecho,  
Por ladrón, y no saber  
Abrir postigos infiero.

De modo que si el Garduño  
Reflexionara un momento,  
No fuera segunda vez,  
Y no habria á caso muerto.

Apliquén la fabulilla  
Muchós millones y aun ciento,  
Que para todos se escribe,  
Para que sirva de ejemplo.

FABULA LI.

La Loba y los dos Hombres.

Dos hombres juntos salieron  
De su casa muy temprano,  
En direccion y se fueron  
Por un bosque algo lejano.

Sin parar en todo el dia  
Y el sol casi en el ocaso  
Hablaban de caceria,  
Pero sin dejar su paso.

De repente suena un ruido  
Y de entre unos matorrales  
Vieron salir al descuido  
Una Loba entre zarzales.

Al momento se encaminan  
A donde la fiera andaba,  
Y registran y examinan  
Una cueva que alli estaba.

La gruta bastante estrecha  
Entre dos riscos atroces  
Por no poder abrir brecha  
Hubo cuestiones y voces.

Empeñados, sobre todo,  
En coger algun cachorro,  
Uno de ellos de algun modo  
Metió su cabeza y morro.

Temerario y atrevido,  
Audaz y con mucha charla  
Quedó preso, y bien asido  
No pudo despues sacarla.

El compañero aterrado,  
Temeroso y hecho un loco,  
Finge fugarse asustado,  
Pero viene poco á poco.

Acércase y de callada  
Como si la Loba fuera,  
Sálese de una enramada  
Sin que le sienta siquiera.

Primero comienza á olerle,  
Despues le muerde una pierna,  
Y con el miedo fué verle  
Salir de aquella caverna.

No es prudente y justo entrar,  
Donde la salida acaso  
Es difícil, y aun pagar,  
Como se vé á cada paso.

FABULA LII.

El Lobo con piel de Oveja.

Con la piel de una Oveja vistió un Lobo  
Malvado, sanguinario y asaz fiero  
Pensando muy soberbio y altanero  
Proseguir adelante con el robo.

Metido en un rebaño, como un bobo  
Devoraba el taimado con esmero  
La mas gorda, contento y lisongero  
De comer carne fresca sin adobo.

Al fin, pues, los pastores lo advirtieron  
Y una noche con dolo cuatro Alanos  
Hambrientos entre Ovejas repartieron.

Los instintos furiosos é inhumanos  
Del Lobo, los Alanos descubrieron;  
Y al punto devoraron muy ufanos.

...El castigo del Lobo merecian  
Algunos cuyos trages aparentan  
Virtud, moralidad... mas solo ostentan  
Orgullo, vanidad... que al fin espian.

---

FABULA LIII.

El Hombre y el Reló.

Este reló es un bribon,  
Un pícaro y un malvado,  
Jamás me marca la hora  
Dándome malismos chascos.

En el hibierno le cuido  
Del frio, y en el verano  
Siempre le llevo conmigo  
A visitas y aun al prado.

Yo le llevo al relojero  
Y me dice que está sano,  
Pero él erre que erre,  
Cada vez está mas malo.

¿Para qué sirve este mueble  
Que me está siempre engañando?  
Voy á trocarlo por otro  
Que me sea mas barato.

Así decia un señorito  
Con pelo de tonto y alto,  
Parecido al alcornoque,  
Y aun al ciruelo y naranjo.

Pero el reló que le oia  
Callaba, pues, y entretanto  
Eran ya mas de las cinco,  
Y señalaba las cuatro.

Al fin llevó al relojero  
Y se le entregó parado,  
Porque tenia sin cuerda,  
Y pocos andan sin macho.

El relojero muy diestro  
Tomó el reló, y con la mano  
Dióle cuerda; y al minuto  
Hechó á correr en el acto.

Así, señor, es preciso  
Tratarle, dice, al criado,  
Si quiere que bien le sirva,  
Ande recto, y no dé chasco;

Porque siempre el abandono  
Es cierto, no hay que dudarlo,  
Tuvo malas consecuencias,  
Y peores resultados.

FABULA LIV.

---

Los dos Pillos.

Dos Pillos apostaron  
A ver cuál de los dos era mas malo,  
Y luego regañaron,  
Dándose fuertes golpes con un palo.  
El uno era asaz rubio,  
Y el otro muy moreno y gran malvado,  
Con robos un diluvio,  
Que al fin pagó sus culpas en tablado.  
Segun dicen las gentes,  
El combate fué horrible y espantoso  
Entre ambos contendientes,  
Quedándose cada uno aun mas rabioso;  
Mas venció el colorado,  
Por llamarse tambien muy furibundo  
Cual Judas el ahorcado,  
Y ser mas conocido ya en el mundo.  
Rara vez la razon  
Se otorga al que la tiene, como es justo;  
Mas puede la aprension,  
Y el nombre del sugeto si es á gusto.

FABULA LV.

---

El Mono y el Gato.

Bien mimado y gordó  
En casa y bonito,  
Tenian un Mono  
Muy malo y muy listo.  
Pariente de un Gato,  
Porque le convino,  
Como era goloso  
Al momento se hizo.  
Todo registraba  
Con arte esquisito,  
Y comia el tuno  
Meliendo su hocico.  
En sus picardias  
Era tan ladino  
Que mi pobre Gato  
Estaba ya frito.  
Porque él se llevaba  
La culpa, y sin tino  
Persiguen y zurren  
Cual fuera un bandido.

Cuando así sucede  
Y herido está el micho,  
El Mono rebienta  
De risa el maldito.

Así, pues, el pobre  
Se marchó aburrido,  
Y el Mono quedóse  
En casa el gran pillo.

De modo que el Gato  
En este conflicto,  
Por llamarse Gato,  
Perdió el domicilio.

¡Cuántos como el Mono  
Hipócritas, pillos...  
Vivieron con fama  
Siendo unos perdidos!

FABULA LVI.

El Trompo y la Peonza.

Alegres y contentos  
Sin pensar otra cosa  
Dos muchachos jugaban  
Al Trompo y la Peonza.  
Cansados ya del juego,  
Riyéndose y en broma  
Uno de ellos muy listo  
Dijo con mucha sorna:  
El Peon baila mucho,  
No tanto la Peonza,  
Y todo es que la cuerda  
No la apretamos toda.  
Es cierto, dijo el otro,  
Pero es fácil se rompa  
Si ponemos tirante,  
No tanto si se afloja;  
Conviene, pues, un medio  
Y en llano y aun en loma  
Bailará cuanto quieras  
Mas recta y asaz pronta.

Así luego lo hicieron  
Y ambos á dos se acoplan,  
Quedándose pasmados  
De ver sus cabriolas.  
Esto mismo acontece  
Con la enseñanza ahora,  
Que mas bien se adelanta  
Con el tira y afloja.

FABULA LVII.

La Mona burlada.

Una Mona casóse  
Con un gran Mono,  
Para hacer de las suyas  
Con fraude y dolo.

Mas fué y el caso,  
Que la Mona muriese  
Luego de empacho.

Y esto acontece  
Con la gente que abusa  
Y al fin se escede.

---

FABULA LVIII.

El Raton chismoso.

En unas casas muy viejas  
Andaban muchos Ratones  
Por salas y por rincones  
Sin Gatos ni Comadreja.

Llevaban mas de mil años  
En paz en estas moradas,  
Y criáronse á manadas  
Sin sustos graves ni daños.

Pero fuera un imprudente  
Que les contó muy pausado  
Ciertas cosas, y el malvado  
Asustó á toda la gente.

Erase un Raton chismoso  
Tan cobarde como un Grillo,  
Pero tan malo y tan pillo  
Como puede haber Raposo.

Queriendo solo quedar  
Con sus hijuelos, el tuno  
Inventó el modo oportuno  
Para quedarse y medrar.

He visto, dice, un gran Gato  
Discurrir por los desvanes,  
Cuyos proyectos y planes  
Observé por largo rato.

Tambien le ví que rastrero  
Andaba, y su movimiento  
En todo aquel aposento  
Era cada vez mas fiero.

Ultimamente el indino  
Me buscó ya con su olfato;  
Mas yo que ví su retrato  
Perdí casi todo el tino.

Siguióme terco y rabioso,  
Y en oscura madriguera  
Me entré luego á la carrera  
Dejándole aun mas furioso.

Marchémonos con sigilo,  
Dice á todos, y con maña  
Contando así esta patraña  
Se quedó solo y tranquilo.

No te fies con frecuencia  
De los que tienes al lado,  
Que te quedarás burlado;  
Esto enseña la experiencia.

Queriendo solo andar tranquilo  
Con sus hijos, el tonto  
Inventó el modo oportuno  
Para quedarse y meditar.

FABULA LIX.

El Cura de la Aldea.

Un Cura joven de Aldea,  
Muy celoso y liberal,  
Empezó por la cuaresma  
Con pompa y solemnidad,  
A instruir sus feligreses  
En la comunión pascual.

Todos los dias el Cura  
Los procuraba emplear  
En la doctrina, y á veces  
Sin pensarlo nada mas,  
De politica aun hablaba  
Cuando iba á examinar.

Un dia mas adelante  
Preguntó con mucho afan  
A una vieja que rezaba,  
Y suspiraba tal cual:  
¿Qué es constitucion de estado?  
Por supuesto, por probar.

La vieja, que por lo visto,  
Era poco liberal,

Respondió al Cura asustada  
Con su voz ganga y procaz;  
Las penas, pues, son, Señor,  
De nuestra vida inmoral.

Al oír una respuesta  
Tan pronta y tan singular,  
El Cura que no era lego  
Y prudente hasta no mas  
Se calló, y asaz mohino,  
Comenzó: Por la señal.....

Nunca preguntes al necio  
Por mera curiosidad,  
Porque puede su respuesta  
Ser tan seca y apurar,  
Que te dañe y comprometa  
De un modo atroz y fatal.

FABULA LX.

El Mono y los Muchachos.

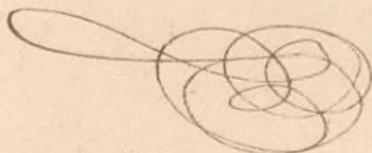
En una aldea que nombrar no quiero,  
Hubo un Mono tan listo y tan lijero,  
Que todo cuanto el pobre ver hacia,  
Al punto y al momento lo aprendia.

En su balcon sentado y hecho un bolo,  
Pasaba muchas horas allí solo,  
Haciendo mil visajes con su cara,  
Aunque nadie mirase, ni le hablara.

Los niños, que salian de la escuela,  
Alegres y jugando en la plazuela,  
Retozaban brincando unos tras otros,  
Corriendo sin parar como unos potros.

El Mono, que á imitar pudo ser hecho,  
Tomó esto con rigor y tan á pecho,  
Que todo de furor se deshacia,  
Por hacer lo mismito al otro dia.

Convenidos los chicos una tarde,  
Llamaron presumido y aun cobarde;  
Y el Mono que algo sufre menos eso,  
Saltó lleno de rabia muy travieso.



Los chicos que otra cosa no querian,  
Mas que verle en el suelo, le ofrecian  
Almendras y confites muy sabrosos,  
Que ellos querrian mas por ser golosos.

El vicho por el dulce ya en la calle,  
Fué preso por la turba, y de su talle  
Le ataron, y corrieron con fiereza,  
Dejando estropeado, hecho una pieza.

Burlado el animal hasta lo sumo,  
Escarmentó sin duda y como el humo  
A su balcon se subió con gran trabajo,  
De molido que estaba y cabiz-bajo.

Desde entonces callado con grande ira,  
Ni los habla, saluda, ni los mira,  
Volviéndoles la espalda con desprecio,  
Sin hacer de ellos ya ningun aprecio.

El que se burla de otro con descaro,  
Espónese á pagar mucho y muy caro  
Sus faltas de atencion por ser grosero,  
Imprudente, soberbio, y altanero.

FABULA LXI.

Los Zorros y la Raposa.

Dos Zorros enamorados  
De una Raposa á la vez,  
Se agarraron y traviosos  
Se hirieron su tosca piel.

Como los dos eran Zorros,  
Conocian el porqué;  
Pero obstinados y tercos  
Siguieron con su interés.

Todos los dias habia  
Reyertas por no ceder,  
Y ambos á dos se temian,  
Porque eran fuertes, pardiez.

Un dia mas sosegados  
Se hablaron ya sin desden,  
Desengañados sin duda  
De la Raposa cruel.

Conviniéronse una tarde  
Convidarla no sé á qué,  
Y engañada sin reserva  
Mantearla á su placer.

Tanto así la maltrataron  
Y tanto fué ya el vaiven,  
Que la Raposa quedóse  
Muertecita, ya se vé.

Por ser demasiado vana,  
Y aparentar el querer,  
Siendo solo una sirena,  
Y no tener mas que hiel.

¡Cuántas como esta Raposa  
Se perdieron! es de fé,  
Por sus palabras vacías  
Y tener mucho doblez.

FABULA LXII.

El Caballo de la Plaza de Oriente.

A la gran plaza de Oriente  
En verano por la tarde  
Van los niños y es corriente  
Se divierten con alarde.

Un papá con gran cariño  
Acostumbraba á llevar  
A su hermoso y lindo niño,  
Por supuesto, allí á jugar.

Como aun sus compañeros  
No llegaron, el infante,  
Con otros dos muy ligeros,  
Se entretenia al volante.

Aburrido de esperar,  
Del Caballo que esta junto,  
Empezó á reflexionar  
De su fijeza en un punto.

Y como de noche y dia  
Sin adelantar un bledo,  
Galopaba y ofrecia  
Tragarse al Persa y al Medo;

El Padre lleno de amor  
Le preguntó: ¿qué te admira?  
Es del Caballo el primor,  
O la sorpresa que inspira?

Me parece este Caballo,  
Respondió el niño al momento,  
A muchos que alzan el gallo  
Y no tienen mas que viento;

Aparentando un teson  
Que tienen, no pocas veces;  
Mas todo ¡vana ilusion!  
Mucho ruido y pocas nueces.

Esta fábula yo aplico  
Aquellos que un gran valor  
Prometen, y solo pico  
Tienen de fuerza y vigor.

FABULA LXIII.

El Galgo y la Liebre.

Un Galgo con hambre  
Corriendo y brincando,  
Salió de su casa  
Como siempre al campo.  
Aunque mal comido  
Y seco cual largo  
Corre, y da mil vueltas  
Por aquellos llanos.  
A nadie saluda,  
Y sus pies descalzos  
Son de lijereza  
Indicios bien claros.  
Todo lo registra,  
Anda entre los cardos,  
Y aunque bien se pincha,  
Tropa dando saltos.  
Encuentra otros perros,  
Los huele hácia el rabo,  
Pero al punto deja,  
Y sigue cazando.

Al fin á un rastrojo  
Dirige sus pasos,  
Y allí pensó el pobre  
Tomar un bocado.  
Entre unas retamas,  
Cubierta con ramos  
Ve echada una Liebre  
En cama, y posando.  
¡Ola! dijo al punto,  
Bastante parado,  
¿No sé lo que haga?  
La cogeré andando.  
Aunque corre mucho,  
Mas corre este Galgo,  
Y así no la temo,  
Y corriendo atrapo.  
Al punto fué y ladra,  
Y la Liebre tanto  
Salta, y ambos corren,  
Que los lleva el diablo.  
Mas crean, señores,  
Lo que voy contando,  
Que el Galgo á la Liebre  
No la cogió al cabo.  
Por ser arrogante,  
Y un gran mentecato,  
Que pudo cogerla  
Dormida y parado.  
Pero quiso el tonto,

Ser un temerario,  
Y lo perdió todo  
Por loco y muy vano.  
Aprendan, señores,  
De este pobre Galgo,  
A no hacer alarde  
De sus fuerzas tanto,  
Si no quieren verse  
Corridos, burlados...  
Y á confesar luego  
Fueron insensatos

FABULA LXIV.

El Rústico y el Letrado.

Hay hombre como el brillante  
Que no pule lapidario,  
Pero que tiene agudezas,  
Que superan en lo humano.

Es cierto que en una aldea,  
Supo mas que cierto sabio,  
Un labriego y para ejemplo  
Esta fábula he inventado.

Cierto hombre poseia  
Una heredad, y un Letrado  
Junto á ella una grangita,  
En un terreno muy parco.

Codicioso el listo juez  
De engrandecer su arbolado,  
Al Rústico va y le ruega,  
Que la venda con engaño.

El labriego que era pobre,  
Y le faltaban los cuartos,  
Aunque sentia venderla,  
Cedió mitad en el acto.

Pero añadióle en seguida,  
No en venta, pero sí á plazo;  
Y en menos de dos minutos  
Recibió el dinero en mano.

Poco falta, va á cumplirse  
El tiempo ya señalado,  
Y el Rústico, aunque le pese,  
Volverá á mí mas pacato.

La parte, pues, que aun le resta,  
Me dará tambien á plazo,  
Y sin decir chus, ni mus,  
Las dos partes tomo y callo.

Así decia aquel juez;  
Pero el Rústico mas sabio  
Destruyó su plan al fin,  
Y le dió un solemne chasco.

Faltaban ya pocos dias  
Para cumplirse el contrato,  
Y el Rústico muy lloroso  
Se presentó suspirando:

Por Dios, le dice, señor,  
Hállome muy apurado,  
Quedaros con la otra parte  
Como la primera á plazo.

Yo pagaré bien, si puedo,  
Y sino todo aquel campo  
Se quedará para vos;  
Y usted dispense, mi amo.

Al momento su dinero

Volvió á soltar el Letrado:  
Pero el Rústico pagó  
Con él, pues, el primer plazo.

De modo que mi buen juez  
Por ambicioso y avaro  
Soltó dinero dos veces,  
Y quedó lo mismo al año.

No te fies de tu ciencia,  
Se modesto y no sé avaro,  
Porque la codicia al fin,  
Dícese, que rompe el saco.

FABULA LXV.

El Zorro, la Gallina, el Aguila y el Cazador.

Cogió un Zorro una Gallina

Y un Aguila que lo vió

Sobre los dos se tiró

Llena de furia la indina.

El Zorro la saltó al punto

Y el Aguila arrebató

La Gallina; mas miró

Un Cazador cerca y junto.

Al instante la dispara,

Y el Zorro que oyó aquel trueno,

¡Cáspital dice, que bueno,

Y en aquel acto se para.

Al ver el Aguila en tierra,

Y la Gallina corriendo,

Vuelve aun el reverendo

A perseguirla en la sierra.

El Cazador atufado,

Al ver quitarle su presa,

Vuelve celoso y de prisa

Le descargó de costado.

Herido el Zorro de esquina,  
¡Carambas! dice, muy malo;  
No esperaba este regalo  
Por seguir una Gallina.

Pero me alegré del mal  
Que al Aguila sobrevino,  
Y es muy justo que el destino  
Nos castigue por igual.

Así, pues, según presagio,  
Quedaron los dos malvados  
Allí mismo sepultados,  
Con este infame epitafio:

Aquí yace en este hondon  
Un Aguila asaz ratera,  
Que por ella también fuera  
Enterrado un gran ladron.

FABULA LXVI.

La Zorra de espía.

Una Zorra estaba  
De espía en un risco  
Buscando una Liebre  
Que diz... habia visto  
Correr muy ligera  
Sin pase ni escrito.  
Yendo con cuidado  
Con modo muy fino,  
Dió una vuelta al monte  
Y en todo el distrito  
No encontró otra cosa  
Que un Lobo atrevido.  
Sorprendida acaso,  
Yendo de improvisó,  
No quiero un canalla,  
Dice, tan impío,  
Ladron y malvado  
Y lleno de vicios.  
Siguió y adelante  
Encontró allí mismo

Un pobre gazapo,  
Y al punto le dijo;  
Entrégate luego,  
Si quieres ser vivo.  
El Conejo al pronto  
Quedó sorprendido,  
Y ya iba á entregarse  
Humilde y sumiso;  
Mas meditó un poco  
Y huyó de corrido.  
En su madriguera  
Ya salvo y tranquilo,  
Dice, vaya un chasco  
Sino me decido,  
Sirvo de merienda  
Y entonces me esquilo.  
Mis pies me salvaron;  
Pero de aquí emigro;  
Porque todo es trampa  
Y de un compromiso  
Nadie, pues, se salva,  
Y yo así me libro.  
El que anda entre malos  
Tome aqueste aviso,  
Sino quiere verse  
Burlado, perdido,  
Y estar casi siempre  
En grave peligro.

FABULA LXVII.

El Ciego y el Lazarillo.

Un ciego á nativitate  
Con su Lazarillo andaba,  
Cantando de puerta en puerta,  
Con una vieja guitarra.

El muchacho recogia,  
Mientras el Ciego cantaba  
Las limosnas, y á menudo  
Se comia las mas sanas.

El Ciego, aunque no veia,  
Algo ya se imaginaba,  
Y reprendió al Lazarillo  
Con mucho favor y rabia.

El muchacho, sin embargo,  
En su zurrón ocultaba  
Algunas otras cosillas  
Que se comia con gana.

Un dia ya amostazado  
El Ciego con vivas ansias,  
A mi pobre Lazarillo,

Dicen le dió una patada.

Dijole aun mas irritado,  
Que hacia ya tres semanas  
Conocia era un goloso,  
Porque aunque ciego olfataba.

Añadió tambien, que Dios,  
A los sentidos regala  
Mas finura y perfeccion,  
Cuando alguno de ellos falta.

Entretanto el Lazarillo  
Llorando lágrima amarga,  
Amenazábale al Ciego,  
Y aun diz... que se las juraba.

Un dia ya en su faena,  
Al revolver de una casa,  
El muchacho calla y sigue,  
Y el ciego se rompió el alma.

Cáspita, que torpe sois,  
Le dice con arrogancia,  
¿Cómo con tan buen olfato  
No olisteis esta desgracia?

El Ciego conoció entonces  
Su desmedida venganza,  
Y prometió en adelante  
Ser mas parco en sus demandas.

El Lazarillo, no hay duda,  
Al Ciego le urdió esta trampa;  
Pero tambien es muy cierto  
Que al fin su parte ganaba.

La aspereza no es prudente,  
Y mucho menos agrada,  
Al que nos sirve y conduce,  
Y alivia nuestra desgracia.

FABULA LXVIII.

---

El Zorro y la Raposa.

Un Zorro á una Raposa  
Llamó sirena,  
Y la Zorra se puso  
Como una fiera;  
Y esto no es raro,  
Porque insultóla un Zorro,  
Que era un villano.

El insulto á la Zorra  
Dejó temblando,  
Mas ella vengativa  
Le llamó vago;  
Y justamente,  
El Zorro de visitas  
Andaba siempre.

Armóse tanta gresca,  
Y tal fandango,  
Que mas de dos mil Zorros  
Fueron saltando;  
Y la camorra,  
Seguia tremebunda

Aun á deshora.

Los insultos se fueron

Multiplicando,

Y á los Zorros furiosos

Los separaron;

Mas es el caso,

Que todos ya temian

Ser encausados.

Acabóse la fiesta,

Como era justo,

Todo quedóse en paz,

Paró el insulto;

Mas tengo oido,

Que un Zorro murmurando

A todos dijo:

Dejemos el insulto

Porque es terrible,

Que cada uno al fin obre

Con tino y libre;

Que de seguro,

Todos tienen lunares

En este mundo.

El que altivo murmura

Debe estar loco,

Cuando no ve sus faltas,

Y vé las de otro;

Y mas cuidados,

Infunden, pues, los propios,

Que los estraños.

La verdad es amarga  
Porque incomoda,  
El ejemplo lo dice,  
Tambien la loa;  
Pero es lo cierto,  
Que la verdad al hombre  
Hizo mas recto.

FABULA LXIX.

El Trigo blanco y el Centeno.

Aunque es cierto las plantas no hablen nada,  
Es corriente que alguna ya cansada  
Habló al fin su lenguaje como pudo,  
Sin siquiera hacer antes ni un saludo.

No obstante educacion tan esmerada,  
Dicen, que dió tan grande carcajada,  
Que al mas humilde, fino y sosegado,  
De patillas le hubiera levantado.

Cuéntase que en dos tierras un vecino  
Sembró Blanco y Centeno con buen tino;  
Levantóse el Centeno y fué tan alto,  
Que el otro se llenó de sobresalto.

Enfurecióse el Blanco, y cierto dia  
Al Centeno insultóle y con perfidia  
Le llamó paja larga, debil, vana...  
¿Cómo pues crece tanto, y poco grana?

El Centeno muy alto y casqui-vano,  
Enfadóse tambien, y al trigo enano,  
A llamarle empezó panzorrilludo...  
¿En años de escaseces no te ayudo?

El Centeno habló al fin como un letrado;  
Si faltasen el juez y el abogado,  
La mejor causa fuera sepultada,  
Y lo bueno mirado como nada.

El Trigo blanco y el Centeno

Aunque es cierto las plantas no hablan nada,  
Es corriente que algunas se escuchan,  
Hablo al fin en susurros como pando,  
Sin siquiera hacer mención a un saludo.  
No obstante escuchas mi conversado,  
Dices, que diré tan pronto que se acabe,  
Qué al mas humilde, fino y escogido,  
Te hablas de la tierra levantado.  
Cuestión que en las tierras me venido,  
Sembró blanco y Centeno con buen fino,  
Levantóse el Centeno y fué tan alto,  
Que el otro se llenó de sobresalto.  
Eufónico es el blanco, y cierto día  
Al Centeno insultó y con perfidia  
Le llamó hijo de puta, hijo de puta,  
Como que eres malo, y poco escucha.  
El Centeno muy alto y traspar-tano,  
Eufónico también, y al trigo escano,  
A llamarte caposo parvorribado,  
En años de escasez no te ayudo.

FABULA LXX.

Los Médicos y el Enfermo.

Para curar á un Enfermo  
De una punta de costado,  
Llamaron á dos galenos  
Muy célebres y afamados.

Al momento bien de prisa  
Llegaron los mata-sanos,  
Y á la cama del Enfermo  
Se fueron luego acercando.

La familia apuradisma  
En tan terrible fracaso  
Recobró alguna esperanza;  
Mas, ¡vana ilusion y engaño!

Porque todo el mundo sabe,  
Que la muerte en ciertos casos  
Lo que tiene que hacer ella,  
Lo encarga á sus delegados.

Así fué, porque la Parca  
De aquel lugar de quebranto  
Se marchó bien convencida  
Harian mas que ella estragos.

Convinieron los Doctores  
Pasado ya un grande rato,  
Y al paciente le registran  
Todo al fin de cabo á rabo.

Uno le observaba el pecho,  
Otro tocaba su estómago  
Y el pobre Enfermo sufriendo  
Paso á paso iba acabando.

Despues de tanto molerle  
Y fastidiarle, encerrados  
En consulta se estuvieron  
Con gran calma disputando.

Al fin de tanta alaraca,  
Y de hablar mucho y muy alto,  
El pobre Enfermo espiró,  
Y se murió abandonado.

Si el tiempo es corto y apura,  
Apremia, y aun es escaso,  
No hay que andarse en teorías,  
Sino se quiere un mal rato.

FABULA LXXI.

El Gato y el Gallo.

Es en estio por cierto  
Do todos, sino me engaño,  
Hallan que comer y encuentran  
Por todas las partes algo.  
Mi Zape, fuera de broma,  
Que así se llama mi Gato,  
Es el pobre el que mas sufre,  
Por supuesto, en el verano.  
Pero dejando cuestiones,  
Voy á referir un caso,  
Que me contaba mi abuela  
Cuando yo era aun muchacho.  
Viviendo con sus Gallinas  
Un Gallo de espolon largo,  
Andaba por los caminos  
Como quien tiene algun mando.  
Porque los granos de trigo  
Encontraba muy á mano,  
Sin andar en muladares,  
Perdiendo el dia escarbando.

Cantaba cual descosido  
De contento y mas ufano,  
Alrededor de la casa  
Gritaba mas porfiado.

El pobre micho que estaba  
Sin comer nada, y muy flaco,  
Preguntaba á moña-roja  
Varias veces por el amo.

Lleno de orgullo y soberbia  
Moña-roja, y aun mas vano,  
Repite y canta sin tino  
Diciendo: se marchó al campo.

De modo que sin comer,  
Pasaba así el pobre Gato  
Los tres meses que duraba  
Poco menos el verano.

Mas vino el hibierno crudo,  
Y sus noches con su rabo,  
Y los jamones, chorizos...  
En casa entraron por carros.

Inquieto el Gallo y molesto  
Porque la noche es un año,  
Sus quiquiriquís repite,  
Diciendo: ¿cuándo acabamos?

El Zape con un relleno  
Mascullándole allá abajo,  
Responde al Gallo y le dice:  
Ten paciencia mentecato,  
Que yo en verano la tuve,

Aunque tú siempre tirano  
De mis clamores reñas,  
Cantándome muy osado,  
El que de alguno se burla  
En este mundo inhumano,  
El tiempo le desengaña  
De un modo triste y pesado.

FABULA LXXII.

El Cazador y el Perro.

Un riçachon de alta esfera  
Salió á cazar con su Perro,  
Y sin pararse de espera  
Se puso al punto en un cerro.

Con su escopeta cargada  
Mirando desde la cumbre  
Tenia allí al camarada  
Del Perro, segun costumbre.

Solo con su confidente,  
Se cansó de estar de caza,  
Y preguntó impertinente  
Al Perro sobre su raza.

El Perro que era un traidor,  
Falso y malo sin segundo,  
Comenzó tan hablador,  
Que se puso hasta iracundo.

Hablando de compañeros  
No hubo maldad conocida

Que con ademanes fieros  
No repartiase en seguida.

A los Mastines, crueles,  
Y á los Galgos de enemigos  
Infamó; y á los Lebreles  
Criticó, pues, de mendígos.

Murmurando de tal suerte  
Que el amo quedó asustado,  
Medio muerto y casi inerte  
De oír mas al deslenguado.

Pero conoció, no obstante,  
Aquel decir tan sin tino  
Y preguntó al arrogante  
Por su conducta muy fino.

El Perro que era un malvado  
Y estaba cojo y sin pelo,  
Se calló, y amedrentado  
Quedó como el frío hielo.

Conociendo su bajeza  
Sin poderse defender,  
Bajó el tuno su cabeza  
Y al momento echó á correr,  
Temiendo pagar muy caro

Si el amo, pues, descubria  
Su audacia suma y descaro  
Á los Perros á otro día.

Y no querer confesar  
Arrepentido sus vicios,  
Y proseguir sin cesar

Haciendo mil malos juicios.

El que á otro hace algun mal,

Y murmura sin conciencia,

Se espone, y es natural,

À perder su conveniencia.

FABULA LXXIII.

Los Zorros, la Raposa y las Monas.

Dos Zorros y una Raposa  
Un dia de carnaval  
Se fueron de gran merienda  
Con dos Monas á un lugar.  
Luego que al sitio llegaron  
Comenzóse, y á compás  
Se bailaron varias polcas,  
Rigodones, y algun vals.  
Cada cual sacó sus mañas,  
Segun costumbre y edad,  
Y se cantó de lo lindo  
Con entusiasmo y afan.  
Fatigados de dar vueltas  
Sentáronse á merendar  
Y hubo brindis y otras cosas,  
Que ofenden á la moral.  
Pero las Monas se atufan  
Porque los Zorros al par,  
Brindan solo á la Raposa  
Y ellas allí están demás.

Enfurecidas formaron  
De enredos un gran telar  
Y en su trama á la Raposa  
Comprometieron asaz.

De modo que aquesta fiesta  
Acabóse en el lugar,  
Á mogicones los Zorros,  
Raposa y Monas igual.

Vosotros bien conoceis  
La causa de este desman;  
La envidia fué casi siempre  
Principio de todo mal.



FABULA LXXIV.

El Rico y el Mendigo.

Al lado de un camino  
Pedia enfermo un pobre,  
Cojo, ciego, y leproso,  
Que á todos conmovia con su padre.  
Pasaba muchos dias  
Cercano de allí un conde  
Sin darle una limosna  
Montado en su caballo y siempre al trote.  
Despues ya de algun tiempo  
El Rico fué y cayóse  
De su corcel brioso  
Quedando mal parado de aquel golpe.  
Desde luego mas justo,  
Socorro ya aquel pobre  
Recibia del Rico,  
Y mandóle pedir por sus dolores.  
El astuto Mendigo  
Dobló sus oraciones,  
Y al cielo suplicaba  
Siguiera aquel castigo y sus furores;

Porque era conveniente  
Pagara mas que doble,  
Aquel que antes siquiera  
Ni saludaba compasivo al pobre.

Y que si así seguia  
El Rico con sus botes  
Aliviaria sus penas  
Mas recto, mas humano y dando cobre.

Los Dioses inmortales  
Oyeron los clamores  
Del ciego, y el castigo  
Siguió soltando el Rico sus doblones.

La fábula nos manda  
Dar limosna, y del pobre  
Compadecerse humano,  
Ó esponerse del cielo á los rigores.

---

FABULA LXXV.

---

El Gordo y el Flaco.

Mirando un hombre muy gordo,  
Otro muy alto y muy flaco,  
Dijo por chunga; qué pino  
Para colgar los marranos.  
El otro que no era rana,  
Le respondió de contado;  
Por eso venia yo  
A buscarle tan temprano;  
Porque segun gordos son,  
Tanto mas en el mercado  
Suele pagarse la arroba,  
Y con usted no me engaño.  
Al Gordo no le gustó,  
Lo que dijo el alti-flaco,  
Y corrido de vergüenza  
Se marchó por otro lado.  
De suerte, que fué por lana  
El Gordo, y le trasquilaron,  
Enseñándole aquel chusco  
A no ser desvergonzado.

FABULA LXXVI.

---

El Desafio y el Duelo.

Por un bolsillo vacío  
Hay hombre tan violento,  
Que apela sin fundamento  
Al Duelo y al Desafio.

Como si la vida fuera,  
Una cosa sin aprecio,  
La soberbia con desprecio  
La mira como quimera.

Para evitar un gran mal  
Que se acrece sin remedio,  
He buscado yo ya un medio  
En esta fábula moral.

Dícese, y este no es cuento,  
Que dos michos enfadados  
De mal genio y atufados,  
Se quisieron dar un tiento.

Al efecto, con sus uñas  
Bien afiladas de acero,  
En una noche de Enero  
Saltaban como garduñas.

En un tejado bien alto  
Comenzóse la tremenda,  
Y en medio de la contienda  
Hubo miedo y sobresalto.

No obstante los muchos frios,  
Ciegos y llenos de enojo,  
Se peinaron á su antojo  
Con sus maullos y bufios.

Siguiendo con su manía,  
Del tejado en un alero,  
A cuál de los dos mas fiero  
Se herian con mas porfia;

Pero allí ya en la picota  
Se dieron tan buen solfeo,  
Que con batuta y meneo  
Cayeron hechos pelota.

En el suelo ya aturdidos,  
Ambos á dos conocieron  
Su gran locura y murieron  
Algo mas arrepentidos.

Hay hombre tan imprudente,  
Que se atufa de contado  
Por un hueso ya pelado,  
Porque le llamen valiente.

Pero un golpe inevitable  
Le hace conocer al punto,  
(Mas cuando acaso es difunto),  
Su conducta detestable.

FABULA LXXVII.

El Cinife ó Mosquito.

Inquieto sin tregua,  
Alegre y cantando,  
De noche y de dia  
Va el Cinife osado.

Aunque yo le asusto,  
Es tan mentecato  
Que al pronto lo deja,  
Mas vuelve al contado.

Siempre su organillo  
Le lleva templado,  
Y si calla el tuno,  
Es por corto rato.

¿Qué querrá este vicho?  
Ya viene volando,  
Voy á prepararme  
No me dé algun chasco.

Pobre si me pica,  
Y me hace algun daño,  
Ya puede cantarse  
Su entierro en tal caso.

Ya que doy posada  
Debe ser pacato,  
Y no abusar nunca  
Del bien que yo le hago.  
¡Carambas! que infame,  
Ya, pues, me ha picado,  
Esto es lo que tiene  
Hacer bien al malo:  
Que siempre responde  
Soberbio é ingrato,  
Haciendo, si puede,  
Mucho mal y daño.

FABULA LXXVIII.

El Soldado, el Caracol y los Ladrones.

Un Soldado guerrero  
Cansado del camino,  
Al lado de una fuente  
Sentóse como un niño.

Abajo su mochila,  
Fusil y bien tendido,  
Sobre la fresca yerba  
Dormia muy tranquilo.

Al fin despertó luego  
Y sintiendo apetito,  
Sacó de su morral  
Pan y queso muy rico.

Comiendo descansado  
Bebió, pues, de lo lindo,  
Y al cielo daba gracias  
Porque era español fino.

Un Caracol pasaba  
Murmurando sumiso,  
Al verle desarmado

Y orar como doctrino.

Por último el silencio  
Rompió, y caritativo,  
Reprendióle al Soldado,  
Y dióle aqueste aviso:

Si fácil te desarmas  
Por ser poco sufrido,  
No dudes tienes cerca,  
Y encima el enemigo.

Por eso yo mi casa  
Llevo siempre propicio,  
Y jamás la abandono,  
Ni dejaré rendido.

El Soldado burlóse  
De agüero tan fatidico,  
Y al Caracol pesado,  
Llamóle tonto y tímido.

Cuando así le insultaba  
Al Caracol, ya quiso  
Defenderse valiente  
Pero quedó rendido.

Todo se lo robaron,  
Fusil, mochila y vino,  
Ladrones que de un bosque  
Salieron de improvisó.

Después que le dejaron  
Sin nada y mal herido,  
Acordóse, mas tarde,  
Del Caracol y aviso.

Un consejo á su tiempo  
Puede evitar conflicto,  
Y no debe dejarse,  
Aunque le dé algun vicho.

FABULA LXXIX.

---

El Sable y la Vaina.

Cuéntase que un asesino  
Sacó de su Vaina el Sable,  
Y con él de muerte hirió  
A un mendigo vergonzante.

Cojido aquel criminal,  
Fué conducido á la cárcel,  
Y el juez formó su sumaria,  
Sentenciándole al instante.

La causa ya concluida,  
El asesino cobarde  
Ahorcado pagó sus culpas,  
Aunque manchó su linage.

Muerto ya aquel criminal,  
Para evitar otro lance,  
La Vaina fué sentenciada  
A ser rota con el Sable.

Apeló despues la Vaina  
De sentencia tan infame,  
Supuesto que ella no tuvo  
En la muerte arte ni parte.

El magistrado volvió  
A sentenciar sin pararse,  
Que la Vaina fuese rota  
Por cómplice con el Sable;  
Y por haber encubierto  
Un asesino tan grande,  
Obrando contra la ley,  
Y no impedir aquel lance.

De modo que según veo,  
El que se junta al infame,  
Se espone á pagar lo mismo,  
Como si fuera culpable.

FABULA LXXX.

El Padre y el Hijo.

Ya no puedo, estoy cansado  
De estudiar, y es tal mi apuro,  
Que me muero de seguro  
Sin llegar á ser letrado.

El Padre, segun yo creo,  
Al hijo que tal oyera  
Le dijo, calla y espera,  
Iremos luego á paseo.

Siguiendo por cierta ruta,  
Ambos á dos paseaban,  
Y en un bosque donde andaban,  
Hallaron pronto una gruta.

Entre varios riscos vieron  
Una piedra allí horadada  
Del agua, pues, destilada,  
Y al punto se detuvieron.

Papá, dijo el niño al Padre;  
¿Es fácil que el agua así  
Siendo tan sutil aquí,  
A la piedra la taladre?

No tengas duda, hijo mio,  
El tiempo y perseverancia  
Hacen blanda la sustancia  
De mas rigor y mas brio.

No te aflijas, sé constante,  
Y al estudio tú demanda,  
Que el agua la piedra ablanda  
Aunque sea de diamante.

Ya no quedo, estoy cansado  
De estudiar, y es tal mi cansa,  
Que me muero de seguro  
Sin llegar a ser latido.  
El Padre, según yo oí,  
Al hijo que tal oyerá  
Le dijo, ~~\_\_\_\_\_~~  
Llévame luego a paseo.  
Siguiendo por ciertos rúas,  
Ambos á dos pasaban,  
Y en un bosque donde andaban  
Hallaron pronto una gruta.  
Entre varios riscos vieron  
Una piedra allí horadada  
Del agua, pues, destilada,  
Y al punto se detuvieron.  
Papa, dijo el niño al Padre:  
¿Es fácil que el agua así,  
Siendo tan sutil aquí,  
A la piedra la taladre?

FABULA LXXXI.

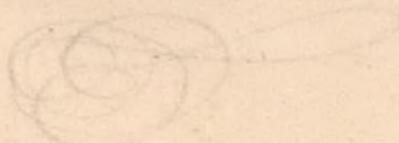
El Aguila y la Culebra.

Tiróse fiero un Aguila  
Sobre una atroz Culebra,  
Y al momento arrebató  
Arriba á las estrellas,  
Con ánimo, está claro,  
Matarla en unas peñas,  
Al dejarla caer  
De golpe, pues, sobre ellas.  
Mas la Culebra astuta  
Al verse prisionera,  
Enroscóse muy fuerte  
Oliendo ya esta treta.  
Con grande apuro el Aguila  
Volaba con la izquierda,  
Donde estaba enroscada  
Gran parte de Culebra.  
Volando y mas volando  
Al fin de desprenderla,  
El Aguila se apura  
Y teme mas por ella.

Por último cansada,  
Y de una ala ya presa,  
Cayó redonda al suelo  
El Aguila, y se estrella.

¡Cuántos como esta ave  
Soberbia y altanera,  
Fueron víctimas luego  
Por falta de cautela!

El Aguila se estrella  
Y cae mas por ella.  
Al fin de despendarla,  
Volando y mas volando  
Gran parte de Calicut.  
Bonda estar enroscada  
Volaba con la izquierda  
Con grande ruido el Aguila  
Ollendo ya esta tela.  
Enroscoso muy fuerte  
Al verso prisionero,  
Mas la Culicida estura  
De golpe, pues, sobre ellas.  
Al dejarla caer  
Matarla en una heñaz.  
Con ánimo, está claro,  
Arriba á las estrellas,  
Y al momento arrojada  
Sobre una alca Calicut.  
Trase líera in Aguila



FABULA LXXXII.

La Zorra y las Pulgas.

Mirándose la Zorra

Las Pulgas una vez,

Al ver tantas se enfada

Corriendo por sus pies.

Molesta y resentida

Queriéndolas coger,

Se aflige, llora y gime,

Y se echa del revés.

Por mas que la guitarra

Tocaba y el rabel,

Desgarra y sacrifica

Su dura y tosca piel.

Al fin ya resolvióse

Quitarlas á placer,

Y metióse la indina

En agua como un pez.

Las Pulgas todas fueron

Huyendo, ya se vé,

Y á su cabeza y cuello

Se fueron en tropel.

Apenas ya la Zorra  
Sacó del agua pies,  
Sentóse y con malicia  
Reíase cruel.

No bien estaba enjuta,  
Las Pulgas otra vez,  
Furiosas la mordian  
Con rabia de lebrel.

Juró con juramento  
La Zorra veces diez;  
Mas las Pulgas seguian  
Mordiéndola á granel.

Por último en un río  
Se mete con doblez,  
Llevando con sus dientes  
Un ramo de laurel.

Todas fueron subiendo  
Al ramo sin temer;  
Pero allí perecieron  
Ahogadas en burdel.

Porque la Zorra tuna  
Al verlas en él, pues,  
Le suelta, y allí deja  
Con suma rapidez.

Así sucedió á muchos,  
Estando en el poder,  
Que por ser insufribles  
Cayeron con desden.

FABULA LXXXIII.

El Espejo.

Hay un afan reprehensible  
En las niñas, y yo intento  
En la fábula que cuento  
Corregir en lo posible.

Por mirarse en un Espejo  
Una Mona todo el dia,  
No paraba, ni comia,  
Y casi perdió el pellejo.  
Enamorada y perdida  
De sí misma la taimada,  
Se puso hasta jorobada,  
Fea y desconocida.

Aunque sus ojos graciosos  
Antes fueran dos luceros,  
Quedaron hechos dos ceros  
Sin espresion y ojeros.

Su semblante que alarmaba  
Y era encanto de hermosura,  
Perdió toda su frescura  
Y ennegrecido asustaba.

De suerte que aquesta Mona  
Enferma, mala y ladina,  
Se buscó pronto su ruina,  
Por mirarse la bribona.

El corregir bien los vicios  
Es preciso y necesario;  
Porque puede lo contrario  
Causarnos graves perjuicios.

En la escarpada peña de una cresta  
Mordiendo del hambre y la fatiga,  
Se acuerda de sus males, los recuerdos,  
Y pronto llega.

FABULA LXXXIV.

Confiesa al fin sus mientes criminales,  
Pide perdón y dueña arrepentido,  
Y juró por los Dioses inmortales  
Ser más que un conejo.

El Zorro y el Conejo.

En tenebrosa noche por un monte  
Andaba un Zorro viejo y relajado,  
Que corrido tenia el horizonte,  
Y habia de animales despoblado.

Desátase en gemidos lastimeros  
La pena y el dolor, que el pecho abriga,  
Y en ayes y suspiros verdaderos  
Desahoga algun tanto su fatiga.

Enfermo por sus años, mortecino,  
Ni siquiera un amigo encuentra al paso,  
Y solo grandes rocas y algun pino,  
Reflejanse allá lejos del ocaso.

La soledad y el miedo que se advierte,  
Y el silencio profundo que domina,  
Le interrumpe tan solo el viento fuerte,  
Que conmueve los robles y la encina.

Cansado y fatigado, ya muriendo,  
Sin comer, ni beber, hecho una ardilla,  
El velo de la noche va cediendo,  
Y el luciente reflejo del sol brilla.

En la escarpada peña de una cueva  
Moribundo del hambre y la fatiga,  
Se acuerda de sus males, los reprueba,  
Y promete enmendarse, y se castiga.

Confiesa al fin sus muertes criminales,  
Pide perdon y duele arrepentido,  
Y jura por los Dioses inmortales,  
Ser mas justo, mas recto y comedido.

Un Conejo inocente, que escuchaba  
Los clamores del Zorro, ya hacia rato,  
Sálese de su cueva y alcanzaba,  
Y á su puerta se va con gran recato.

El Zorro que vió bien ya su cosecha,  
Repitió sus protestas santo y pio;  
Tanto, pues, que el Conejo entró en sospecha,  
Y dijo al Zorro astuto, no me fio.

Es preciso cautela, que un resbalo  
Puede ser tan fatal como un desvio;  
Mirar con prevencion al que fué malo,  
Y decir con frecuencia no confio.

FABULA LXXXV.

La Corrida de Caballos.

Dos potros de Andalucía,  
Hermosos, de gran poder,  
Apostaron á correr  
En el circo cierto dia.

Preparados una tarde  
A un prado se dirigieron,  
Y allí mismo convinieron  
Hacerlo con grande alarde.

Mas antes de comenzar,  
Pensaron tener presentes  
De fiscales ciertas gentes,  
Imparciales en fallar.

Al efecto, convidaron  
A dos Zorros conocidos,  
Sabios y muy entendidos,  
Que al punto se presentaron.

Llevaban grande merienda  
Los Potros, para obsequiarlos,  
Y despues aun regalarlos,  
Con fin siniestro y trastienda.

Sentados con mucho modo,  
Los dos jueces se miraban,  
Y por señas indicaban,  
Comerse merienda y todo.

Así, pues, el mas osado  
Hizo señal, y al momento  
Los Potros cortan el viento,  
Y los jueces el asado.

Dieron la primera vuelta,  
Repitenla siete veces,  
Y piden luego á los jueces  
Su censura ya resuelta.

Pero á los Zorros faltaba,  
Casi engullirse otro tanto,  
Y dijeron con espanto,  
Repitase, pues, la octava.

Corrieron por compromiso  
Los Potros la octava vez,  
Pero la merienda y juez  
Despareció de improviso.

De modo que los dos Potros  
Por fiarse de malvados,  
Quedaron muy mal parados,  
Pero avisando á nosotros.

FABULA LXXXVI.

---

Los Aldeanos y el Carnaval.

Dos Aldeanos vinieron,  
Creo por carnes-tolendas,  
A la córte, y no pararon  
Los tres dias de dar vueltas.

Mozos y de genio alegre,  
Como todas eran fiestas,  
Instantes les parecieron  
Tantas horas de trasiega.

Por la noche en el teatro  
Se entraron, y bien completa  
Toda la funcion la vieron,  
Los dos con la boca abierta.

Dióles gran sed por lo tanto,  
Y á la calle de las Huertas  
Se marcharon á beber,  
Aunque faltos de moneda.

Por ser ya bastante tarde,  
El tabernero la cuenta  
Pidióles, y de seguida  
Les dijo, se fueran fuera.

Haciéndose los borrachos,  
Aunque creo lo estuvieran,  
Sin pagar pensaban irse;  
Mas no les valió esta treta.

El tendero ya cansado,  
Sin reparar, va y los pega,  
Y tal armóse ¡Dios santo!  
Que les rompió la mollera.

Uno de ellos algo chusco,  
Estando los dos en tierra,  
Le dijo al otro: muchacho,  
¿Sabes que ya es hoy cuaresma?

El miércoles de ceniza  
La ponen en las Iglesias,  
Y á nosotros bien temprano,  
Nos la pusieron de priesa.

El modo no me ha gustado,  
Pero á las malas cabezas  
Debe ponerse cuanto antes,  
Para que sienten mollera:

Y escarmienten en nosotros  
Muchismos de esta manera,  
A ser mas rectos y cuerdos,  
Y á no ser tan calaveras.

FABULA LXXXVII.

---

El Hierro y el Acero.

¿No se yo por qué me hieres,  
Al Acero, decía el Hierro,  
Si los dos somos hermanos,  
É hijos de un mismo herrero?

Quando tienen que afinarme,  
Te cojen, pues, y al momento,  
A golpes vas y divides  
Mi corazon y mi pecho.

¿Quiéres decirme, gandul,  
Qué demonios yo te he hecho,  
Para que así me maltrates  
Y me des tanto tormento?

El Acero cruel, duro.....  
Le respondió muy soberbio:  
Hermano, á mí me afinaron,  
Y á tí te faltó el colegio.

No sirve tener origen  
Elevado hasta los cielos,  
Si la educacion no trata  
De quitarnos los defectos.

FABULA LXXXVIII.

---

El Ciego y las Ranas.

Un Ciego sin lazarillo  
En un charco se cayó,  
Y las Ranas se asustaron,  
Del golpe que el pobre dió.

Mas luego que repararon,  
Era Ciego el que cayó,  
En su zurrón se metieron  
Toditas de sopetón.

Tanteando aquí y allí,  
El Ciego al fin se salió,  
Y las Ranas por golosas  
Murieron todas ¡qué horror!

¡Cuántos, pues, como las Ranas  
Perdieron por su ambición,  
El bien que ya poseían  
Por querer otro mejor!

---

FABULA LXXXIX.

**El Gato con Cascabel.**

Allá en su casa sola  
Una viuda vivía  
Con un Gato de angola,  
Al cual mucho mimaba y le quería.  
Solo, pues, habitaba  
En casa una doncella,  
Y al pobre Gato echaba,  
La culpa de las sisas, que hacia ella.  
Al parecer cuidado  
Por ser jóven y bello,  
Un Cascabel dorado  
Pusieron y llevaba siempre al cuello.  
Con este trampantojo  
No cazaba Ratones  
Y el pobre de reajo  
Miraba vez en cuando á los jamones.  
Pero estaban tan altos,  
Que aunque bien los miraba,

Despues de algunos saltos  
Por último cansado los dejaba.

El Cascabel maldito  
Sonaba, y le sentian,  
Y al cabo en el garlito  
Caia sin pensar, y le crujuan.

Mas fuera á la cocina,  
Y un dia ya apurado  
Tiró de una cecina,  
Y de un trozo de lomo ya adobado.

La doncella irritada  
Le corrió como á un pillo,  
De fusta bien armada  
Por cocina, la sala y un pasillo.

Entre tanto la vieja  
No socorre ni ayuda,  
Y al Gato me le deja  
Sufrir sin compasion su suerte cruda.

De modo que así el pobre  
Pensó morir aspado,  
Por batirle así el cobre,  
Y no probar siquiera ni un bocado.

Tomó, pues, el portante,  
Sin sentirse su huella,  
Maldiciendo arrogante,  
De viuda, Cascabel y la doncella.

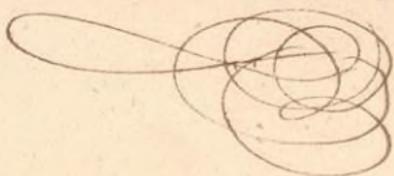
Dejando por escrito,  
Le pusieron venera,  
Mas de hambre casi frito

Le obligaron á huir á la ligera.

Muchos son los que quieren,  
Pero de veras ninguno,  
Aunque así lo aseveren,  
Y confiesen mil veces de uno en uno.

El Escudador y el Aguila.

Escudando una mañana  
La muchachita su trigo  
Con su rama de trigo  
Canta alegre y con gana,  
Siguiendo con su fama,  
Encontróse allí escondido  
De pajaritos un bando  
En una mata de avena,  
Los pajaritos que le vieron,  
Aunque estaban en canones,  
Le pidieron sus perdones,  
Pero nada consiguieron,  
Inexorable el rapaz,  
Al momento los dejó,  
Y en sus bolsillos metió  
Buitones muy avaros,  
Pero apenas teódo  
Se operacion el instante,  
La Aguila real volando  
Al punto le arrebató.



FABULA XC.

El Escardador y el Aguila.

Escardando una mañana  
Un muchachillo su trigo  
Con su zamarra de abrigo  
Cantaba alegre y con gana.

Siguiendo con su faena,  
Encontróse allí escondido  
De pajarillos un nido  
En una mata de avena.

Los pájaros que le vieron,  
Aunque estaban en cañones,  
Le pidieron mil perdones,  
Pero nada consiguieron.

Inexorable el rapaz  
Al momento los cojió,  
Y en sus bolsillos metió  
Burlándose muy audaz.

Pero apenas acabó  
Su operacion el tunante,  
Un Aguila real volante  
Al punto le arrebató.

Pensando ser un Cordero,  
Sobre las nubes le lleva,  
Y allí paga, aunque reprueba,  
Su audacia suma y su fuero.

Aunque soltó de improviso,  
Con todo, el golpe fué tal,  
Que de pesado y fatal  
Se quedó ya mas sumiso.

Abusar, pues, del poder  
Y no tener compasion,  
Es tener mal corazón,  
Y esponerse á perécér.

La misma accion con agrado  
Y varias veces repite  
Y debe sin tener vaso,  
Al momento se atrevilla,  
Allí cerca de un peñasco,  
Que manaba de una roca,  
De agua cristalina al paso  
Al fin encontró una fuente  
Pensó morir abrasado.  
Que el pobre como iba á pie  
Al lugar y tan temprano,  
Tan de prisa caminaba  
Por supuesto á cortar algo.  
Indicaba que cortia  
Al salir á campo raso  
La direccion que toma  
De su casa como un ganso.

FABULA XCI.

El Sastre y las Tijeras.

Un día de gran calor, Y  
Que sin duda era verano, B  
Salió el Sastre Julian C  
De su casa como un gamo. Y

La direccion que tomó  
Al salir á campo raso  
Indicaba que corria  
Por supuesto á cortar algo.

Tan de prisa caminaba  
Al lugar y tan temprano,  
Que el pobre como iba á pié  
Pensó morir abrasado.

Al fin encontró una fuente  
De agua cristalina al paso  
Que manaba de una roca,  
Allí cerca de un peñasco.

Al momento se arrodilla,  
Y bebe sin tener vaso,  
Y varias veces repite  
La misma accion con agrado.

Volvió á beber en la fuente,  
Mas al tiempo de dejarlo,  
Convirtió en un puro cieno  
El agua que habia quedado.

Yo no vendré mas aquí;  
Así dijo el mentecato;  
Y sin parar de correr,  
Se fué sereno y cantando.

Llegó al punto do partia  
El Sastre bien fatigado;  
Pero en la fuente dejó  
Las Tigeras el incauto.

Afligido hasta lo sumo  
Volvió riendas en el acto;  
Pero á la fuente llegó  
Con mas sed y sofocado.

Beber intentó, y no pudo;  
Encontró solo ya fango,  
Pero su sed por lo mismo  
Castigó bien á este bravo.

Por no morir al momento  
Sin respirar, asfixiado...  
Del cieno que antes dejó  
Bebió por fin sin reparo.

Jamás tires orgulloso  
Despues de beber el vaso,  
Que muchos que así lo hicieron,  
Al punto necesitaron.

FABULA XCII.

El Perro rabioso.

En casa de un gran señor  
Había un Perro muy listo,  
Tan prudente y tan bien quisto,  
Que al amo le daba honor.

En la casa muy constante,  
En la labranza el primero,  
En verano y en Enero  
Siempre estaba vigilante.

Los criados á porfía  
Acariciaban con gusto,  
Porque sin miedo ni susto  
Los cuidaba noche y día.

Al vicioso y al malvado,  
Y á los rateros ladraba,  
Zeloso por si pasaba  
Algun mal desaguisado.

A un sirviente ya una noche  
Dióle fuerte tentacion  
De robar, y á esta funcion  
El can ladró á troche y boche.

Cansado ya de ladrar,  
Al granuja arremetió,  
Y el amo que lo sintió  
Se levantó sin parar.

¿Qué sucede? ¿qué ha ocurrido?  
Preguntó el señor robado;  
Y respondió el mal criado,  
Que el can rabia, y me ha mordido.

El señor que tal oyera,  
Al Perro mandó matar,  
Dejándose así robar  
Sin que nada mas dijera.

El Perro murió de intento;  
Mas el amo aunque vivió  
De puro pobre murió  
Lleno de remordimiento.

No te dejes engañar  
Con sencillez, es preciso  
Conocer si hay algun viso  
Probable, para juzgar.

FABULA XCIII.

El Cojo y el Ciego.

Un Cojo y un Ciego

En una funcion

Se dieron de palos,

Y el uno murió.

Mas dice la gente,

Y corrió la voz,

Que los dos se hirieron

Solo por amor.

Que zelos tuvieran

No lo estraño yo;

Pero que se hiriesen,

Eso es un dolor.

Todo el pueblo dice:

¡Qué poca aprension!

Estarian locos,

Cuando así pasó.

Pero no lo estaban,

Si no que el alcohol

Del vino, los puso

Ciegos á los dos.

Ahora ya lo entiendo,

¡Válgame el Señor!

Que no era por zelos,

Sino por los dos.

Yo no se qué tiene,

Que toda cuestion

Viene por el vino,

Y por el amor.

¡Cuántos son los Ciegos

Y Cojos de pro,

Que casi por menos

Se hirieron! ¡qué horror!

Obra, pues, el hombre

En cierta ocasion,

Cual si fuese loco,

Y hasta sin honor.

Mas debe estar siempre

Con cuidado, y no

Hacer lo que el Cojo

Ó Ciego en funcion.

FABULA XCIV.

El Gato y el Canario.

Un Canario en su jaula muy contento,  
Se hallaba tan alegre, que á porfia,  
Cantando se pasaba todo el dia,  
Sin parar un minuto con su acento.

Un Gato de la casa muy taimado  
Tomó zelos de envidia, y de repente  
Callar hizo al Canario el insolente,  
Con ánimo siniestro y fin malvado.

Poco á poco á la jaula, con gran mimo,  
Acercóse el hipócrita rastrero,  
Llamóle al Canario compañero,  
Y aun dicen saludó como á su primo.

Al verle el Canario tan cercano,  
Callóse por de pronto, y temeroso  
Le habló algunas palabras cariñoso,  
Llamándole de tú como á su hermano.

El pillo que otra cosa no queria,  
Que entrar en relaciones, y atraparle,  
Con intento, es sabido, de matarle,  
Libertad y licencia le ofrecia.

Insensato el Canario de su jaula  
Salióse satisfecho, y sin pensarlo,  
Al ir, pues, muy cumplido á saludarlo,  
Clavóle las uñas el gran maula.

El Canario murió por inocente,  
Y fiarse de palabras y promesas;  
Evita cuanto puedas las sorpresas,  
Y no creas á nadie fácilmente.

Hay gentes como Colores que  
Que sin saber lo que dicen se van  
Hablan hasta por los coños, como un  
Sin que ninguno los pinche. Se calla  
A penas saben hablar, sin ni siquiera  
Como doctores existen, se van al  
Se acaloran y disputan, como se van  
Sin saber nada de lo que dicen, como se  
Pero según voy diciendo, se van  
En la fábula que sigue, se van  
Son Colores cristianos, se van  
Que hablan mucho, se van  
Céntase por dos cristianos, se van  
Que una señora sabiduría, se van  
En su casa enseñaba, se van  
Una Color de chiste, se van  
Un día, pues, regañando  
Con su criada Matilde,  
No se qué cosa le dijo,  
Que se puso como un tigre.

FABULA XCV.

La Cotorra.

Hay gentes como Cotorras,  
Que sin saber lo que dicen,  
Hablan hasta por los codos,  
Sin que ninguno los pinche.

Apenas saben hablar,  
Como doctores envisten,  
Se acaloran y disputan,  
Sin saber nada de firme.

Pero segun voy diciendo  
En la fábula que sigue,  
Son Cotorras charlatanas  
Que hablan mucho, y nada dicen.

Cuéntase por cosa cierta,  
Que una señora sublime  
En su casa acariciaba  
Una Cotorra de chiste.

Un dia, pues, regañando  
Con su criada Matilde,  
No se qué cosa la dijo,  
Que se puso como un tigre.

La Cotorra que era clara,  
Y en el hablar mal un dije,  
Aprendió aquella palabra,  
Aunque fuera solo un chisme.

Otro día la señora  
Recibió á otra en palique,  
Y al hacerla un cariñito,  
Habló con su voz de tiple.

La señora algo enfadada,  
Lloró mucho, y aun hoy gime,  
Y las dos se incomodaron  
De un modo atroz y hasta horrible.

Mas la Cotorra pagó,  
Inocente la infelice,  
La contienda y el disgusto,  
Que se miró como un crimen.

De modo que por hablar,  
Sin saber lo que se dice,  
La Cotorra pereció  
Por habladora terrible.

El hablar, sin duda, es fácil,  
Pero tan malo que embiste,  
Si se escapa una palabra,  
Que incomode á alguno y pique.

FABULA XCVI.

El Zapatero y el Mono.

Cierto Zapatero  
Allá en su portal,  
Trabaja afanado  
Por ganar el pan.  
En su casa habia  
Un Mono jovial,  
Que todo enredaba,  
Solo por jugar.  
Sale el Zapatero,  
Marcháse allá atrás,  
Y mi Mono al punto  
Se pone á esvirar.  
Coje la cuchilla,  
Corta, y el portal,  
De tiras le pone  
Hecho un muladar.  
Viene ya el maestro,  
Huye el animal,

Pero todo deja  
Roto hasta no mas,  
Bien quisiera darle  
Algo al animal,  
Para que no fuese  
Tan terco y tenaz.  
Pero teme al amo  
Que es irracional,  
Y llora y se aflige  
Sin poder chistar.  
Ya discurre un medio  
Pronto y eficaz,  
De matar al Mono  
Con su mismo afan.  
Sientáse en su mesa,  
Ponése á afilar  
Y en su cuello lo hace  
Con dolo y desman.  
Apenas se marcha,  
El Mono al portal  
Corre y va de prisa  
Que ha aprendido ya.  
Toma la cuchilla  
Pégase el truhan  
Y del primer tajo  
Se quedó mortal.  
Todos, pues, le miran  
Y vénle espirar,  
Y le dejan muerto

Por loco y venal.  
El que es ignorante  
Y quiere abusar,  
Mire, pues, al Mono  
Y á su fin fatal.

Tan loco y tenaz.  
Pero teme al amo  
Que es irracional.  
Y hora y se alige  
Sin poder existir.  
Ya discute un medio  
Pronto y eficaz,  
De matar al Mono  
Con su misma algar.  
Siéntase en su mesa,  
Póngase á alilar  
Y en su cuello lo hace  
Con dolo y desman.  
Apenas se marcha,  
El Mono al portai  
Corre y va de prisa  
Que ha aprendido ya.  
Toma la coquilla  
Pégase el truhan  
Y del primer tajo  
Se queda mortal.  
Todos, pues, lo miran  
Y véale espigar,  
Y lo dejan muerto

FABULA XCVII.

El Caracol, el Hortelano y la Berza.

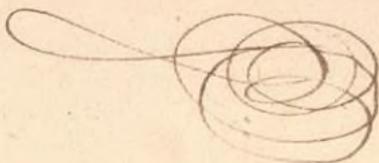
Este es un hecho evidente,  
Que nadie puede negar,  
Si piensa, y se para un poco  
Meditando esta verdad.

Sobre una colosal Berza,  
Que en las huertas hay demas,  
Un Caracol reposaba  
Y se gloriaba de estar;

Porque en su casa se hallaba  
En medio de una heredad,  
Y los peligros del mundo  
No podian molestar.

Pero olvidósele al pobre,  
Que en la tierra el bien y el mal  
Andan casi siempre juntos,  
Sin separarse jamás.

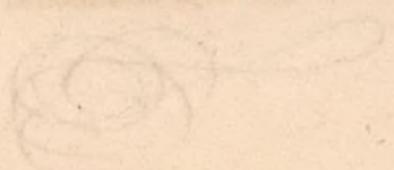
No bien acabó su arenga,  
El Caracol sintió ya  
Que el Hortelano la Berza  
Cortaba por la mitad.



De modo que el de los cuernos  
Quedóse triste y mortal,  
Y aunque lloró amargamente  
Nadie le pudo salvar.

Nunca conviene engreirse,  
Menos en prosperidad,  
Porque puede estar muy cerca  
De la fortuna aun el mal.

Este es un hecho evidente  
Que nadie puede negar  
Si piensa y se hace un poco  
Meditando esta verdad.  
Sobre una cosa he de decir,  
Que en las cosas hay de mas,  
La Caracol repasa  
Y se gharaba de estar;  
Porque en su casa se hallaba  
En medio de una heredad,  
Y los peligros del mundo  
No podian molestar.  
Pero olvidado al pobre  
Que en la tierra el bien y el mal  
Andan casi siempre juntos,  
Sin separarse jamas,  
No bien según su aranga,  
El Caracol sinio ya  
Que el Hordizano la heiza  
Cortaba por la mitad.



FABULA XCVIII.

Los Caminantes.

A la funcion de un lugar

Caminaban presurosos,

A su paso, sin parar,

Dos mozos asaz briosos.

Fatigados del camino

Hicieron alto y pararon,

Y á la sombra de un gran pino

Merienda y bota sacaron.

Vino y fué tanto la bota,

Y empinaron tanto el codo,

Que la dejaron sin gota,

Y se juntó pez y todo.

En los hocicos pegada

Del mas travieso y beodo,

Sin respirar se quedaba,

Y ahogarse pensó del lodo.

Pero incauto y atrevido

Con su voz, dice, temblona:

He de beber de seguido

Hasta que coja una mona.

Su amigo fiel le reprende;  
Mas tenaz en su locura,  
La bota empina y pretende  
Ponerla, pues, mas madura.

Siguiendo así en su teson  
De apurar, nadie ya estraña,  
Que la bota con razon  
Se vengase de él con maña.

Así fué, que con la pez  
Cerróse su boca, y mudo  
Pagó caro su sandez,  
Por sofocar al desnudo.

Jamás apures al pobre  
Cuando no tiene que dar,  
Porque puede ser le sobre  
Venganza para pagar.

FABULA CXIX.

El Criado sison.

Aunque parezca asombroso  
Por lo mucho que se enreda,  
He de contar como pueda  
Un hecho cierto y curioso.

Dícese que un Don Simon,  
A cierto amigo en Yuncillos,  
Envió tres Cochinillos,  
Dos Marranos y un Lechon.

El Criado era tan fino,  
Que uno vendió á un pasajero,  
El segundo á un tocintero,  
Y otro comió en el camino.

Con una carta el Criado  
Llegó por fin á la casa,  
Y el ama, la tia Colasa,  
Se enteró con gran cuidado.

Mandó traer el presente,  
Y tres solos Cochinillos

Entregó, pues, en Yuncillos  
El Criado cabalmente.

¿Dónde están los otros tres?  
Le preguntó luego el ama;  
Y el criado con zalama  
La respondió: ¿no vé pues?

Pero si son seis, muchacho,  
Que así la carta lo esplica,  
Y tú te empeñas que indica  
Solo tres ¿estás borracho?

Dos Marranos y un Lechon  
Es lo que me han entregado;  
Y lo mismo os he dado,  
Y no tengamos funcion.

Venga luego la propina,  
Y á esos tres Marranillos  
Llámelos, pues, Cochinillos,  
Ó como quiera, muy fina.

Que todo es por no pagar  
Mi trabajo é insultarme,  
Y si yo llego á enfadarme  
¡Voto á brios! la he de ahogar.

El ama aunque resistia,  
Cedió de miedo al contado,  
Y dióle con desagrado  
Al mozo lo que pedia.

De suerte que este pilluelo  
Por ser en suma un sison,  
Con su amenaza y teson

Sacó doble el ladronzuelo.

Pero no siempre el malvado  
Con sus planes ha salido,  
Que pagó su merecido  
Las mas veces de sobrado.

FABULA C.

---

El Labrador.

El hombre por sí solo  
Aunque pueda ser algo,  
Necesita un apoyo  
Para levantarse alto.  
Ninguno por sí mismo  
Creció; no hay que dudarlo,  
Y el que diga otra cosa  
Es tonto, ciego y fátuo.  
La experiencia lo enseña,  
Por mas que los ingratos  
Quieran hacer alarde  
De diestros y de sabios.  
Y para afirmar esto  
Voy á hacer un relato  
Y un hecho que confirme  
Mi aserto, y este caso.  
Un hombre sembró trigo  
En campo bien arado,  
Y aunque fuera muy bueno  
Casi pudo segarlo.

Las malas yerbas luego  
Al punto sofocaron,  
Y las aves hambrientas  
No dejaron un grano.  
El que creció fué poco,  
Raquítico y muy malo,  
Que el pobre apenas pudo  
Cojer aun lo sembrado.  
Con mas cautela luego  
Despues al otro año,  
Repitió fiel lo mismo,  
Mas procuró escardarlo.  
Admiracion fué al verle  
Tan fresco y tan lozano,  
Que reconoció el trigo  
Del hombre bien la mano.  
Esto sucede en todo  
Si bien lo examinamos;  
No hay, pues, hombre sin que otro  
Le haya dado la mano.

FABULA CI.

El Muchacho, el Hortelano y las Peras.

En cierto dia á una huerta  
A cojer manzanas fué  
Un Muchacho, ya se vé,  
Porque vió franca la puerta.

Subióse á un manzano luego,  
Porque las vió primorosas,  
Y cogió las mas hermosas  
Muy alegre, y con sosiego.

Aficionado á la fruta,  
No se contentó con esto,  
Que despues poco modesto  
A un peral siguió su ruta.

Viendo las Peras colgando  
Tomó las mejores de ellas,  
Que por cierto eran muy bellas  
Y tambien iba guardando.

En el peral bien subido  
Observó que el Hortelano  
Entró con su cesta en mano  
Y fué al manzano seguido.

Temiendo sus iras fieras  
Ocultóse entre el ramage  
Sin respirar de corage  
Guardando sus posaderas.

Pero viéndole rabioso  
Conoció que de el manzano  
Iria allí el Hortelano,  
Y castigaria ominoso.

En trance tan imponente  
Pensó su hora llegada,  
Y su obra ya frustrada,  
Por tenerle casi en frente.

¡Carambas! que mi ambicion  
Me ha perdido sin remedio,  
Decia, y no hay otro medio  
Que morir como un pichon.

Bien empleado me está,  
Que pague tal desacato,  
Por goloso y mentecato  
Y cueste el doble quizá.

Afligido y apurado,  
Para evitar el castigo,  
Dejo sin llevar consigo  
Lo que el pobre habia robado.

Sin percibirlo aun el dueño,  
Bajó del peral, y á gatas  
Se deslizó entre las matas,  
Mas enfadado y con ceño.

Por dejar manzanas... peras...

Sin probarlas; mas contento  
Por librarse del tormento  
Que le esperaba de veras.  
¡Cuántos como este ademas,  
Por ambiciosos perdieron  
Los bienes que ya tuvieron,  
Por adquirir mas y mas!

FABULA CII.

---

La Empleomanía.

No hay que darle vueltas,  
Todos empleados  
A ser vamos luego  
Y á comer folgando.  
Esto es lo que dicen  
Con sumo descaro  
Los tontos y necios,  
Los fátuos y vagos.  
Con esta manía  
Van así pasando  
La vida sin duelo  
Los brazos cruzados.  
No estudian, ni aprenden  
Ningun arte honrado,  
Pretendiendo siempre,  
Y siempre esperando.  
En las oficinas  
Con tono de sabios  
No dejan á nadie  
Siempre preguntando:

¿Quién quedó cesante?  
¿Quién es candidato?  
¿Quién se está muriendo?  
¿Qué ministro ha entrado?  
No importa no sepan  
Leer un despacho,  
Lo que les conviene  
Es ser muy osados.  
Aunque son muy torpes,  
Andan afanados  
Como tras ratones  
Corren bien los Gatos.  
Los Ministros huyen,  
Mas ellos rabiando  
Los buscan cual Perros  
Con su fino olfato.  
No dejan tampoco  
Ningun diputado  
Y al Congreso todos  
Van por alabarlos.  
¡Qué bien lo hizo usía!  
Aun sin saludarlo,  
Le dicen primero;  
Mas mentira, falso.  
Nada les importa  
La nacion, ¡qué espanto!  
Lo que buscan siempre  
Es turrón bien blando;  
Porque ya sus dientes

Hánse acostumbrado  
A comer de gorra  
De uno y otro bando.  
Tan pronto lo quieren  
Y afirman muy bravos,  
Tan pronto rechazan  
Porque ya han pescado.  
Tan pronto del pueblo  
Son muy celebrados,  
Tan pronto enemigos  
Se hacen y aun tiranos.  
Tan pronto que adentro  
Van todos clamando,  
Tan pronto que á fuera,  
Dicen luego airados.  
Tan pronto que viva  
La ley del estado,  
Tan pronto que muera,  
Porque todo es malo.  
Los empleos fueron  
No hay, pues, que dudarlos,  
Los que nos metieron  
En este fandango;  
Donde sin remedio  
Todos nos ahogamos,  
Por falta de juicio  
Y huir del trabajo.

FABULA CHI.

La Crítica. (1).

Es una manía  
Criticar de todo  
Y esto solo hacen  
Los que son muy tontos.  
Como nada saben  
Hablan como loros,  
Y cada blasfemia  
Vale un peso de oro.  
En nada se paran,  
Todo es flaco ó gordo,  
Amarillo ó tinto,  
Segun á su antojo.  
Con esta perfidia,  
Hija del mal tono,  
Andan ocupados  
En murmurar solo.  
Pero yo comprendo  
Esto es, á mi modo,

(1) Hablamos de la mordaz é insensata crítica.

Que son unos necios,  
Por no decir bolos.  
El callar fué siempre  
Del hombre de fondo,  
Y el hablar sin tino  
De fátuo y de tonto.

**FIN DE LAS FABULAS.**

**ACROSTICOS**

A LA

**INMACULADA CONCEPCION.**

I nfierno y tierra se asombrel  
N ació la mujer querida,  
M adre de Dios, y en la vida  
A bogada fiel del hombre.  
C on esperanza su nombre  
U niversal invoquemos  
L os que y en peligro estemos,  
V reina tan peregrina  
D igamos con fé divina  
A tí, pues, nos acojemos.

C oncebida sin pecado;  
O prodigio sin igual  
N ada de culpa actual  
C onocí, ni me fué dado.  
E l Omnipotente amado  
P or una gracia especial  
C onfundió al infernal  
I nstigador del Eden  
O minoso, é hizo que al bien  
N unca esclavizase el mal.

Pudo y quiso prodigioso,  
Un Dios, porque convenia,  
Recibir, pues, de Maria,  
Ilustre cuerpo glorioso:  
Su santidad á fé mia  
Su voluntad y voto,  
Mas que la ley dice Escoto,  
A Dios honró todavía.

Aquí yace  
Que escribido mucho y muy bravo;  
Mas murió sin un ochavo  
Por fátuo y por mentecato;  
Todas sus obras vendió  
A los libreros de pronto,  
Porque aunque sabio, era tonto,  
Y por eso se perdió.

---

II.

Lleno de orgullo nací  
Y de vanidad malvada,  
Sin mediar que la nada  
Me traeria pronto aquí.

III.

Mi tiempo pasó en lujos,  
Mi memoria pereció,  
Mas aun vive el que murió,  
Amigos, por mí rogad.

**EPITAFIOS.**

**I.**

Aquí yace un literato,  
Que escribió mucho y muy bravo;  
Mas murió sin un ochavo  
Por fátuo y por mentecato;  
Todas sus obras vendió  
A los libreros de pronto,  
Porque aunque sabio, era tonto,  
Y por eso se perdió.

**II.**

Lleno de orgullo nací  
Y de vanidad malvada,  
Sin meditar que la nada  
Me traeria pronto aquí.

**III.**

Mi tiempo pasó fugaz,  
Mi memoria pereció,  
Mas aun vive el que murió,  
Amigos, por mi rogad.

IV.

Reflexiona sobre mí  
Y verás lo que tú eres;  
Pues á los mas grandes seres  
Espero tambien aquí.

V.

Aquí yace un labrador  
Que aqúeste trigo sembró,  
Mas la guadaña segó  
Cuando estaba en su verdor.

---

A orillas de Helasia  
Sentado estaba yo un día,  
Viendo el agua que corría  
Entre riscos y verdias:  
Presentóse un coloso,  
Y cantando con voz serena,  
Preguntó por la Siberia,  
Cuando estaba en su cunha.

.VI

**EPIGRAMAS.**

I.

Con su cara de abadejo  
Una vieja sin peinar  
Daba vueltas sin parar,  
Puesta delante un espejo:  
¿Qué haría? yo no comprendo;  
Pero sí puedo afirmar,  
Que todo era regañar,  
Y al fin se marchó gruñendo.

II.

A orillas de Balsain  
Sentado estaba yo un día,  
Viendo el agua que corria  
Entre riscos y verdin:  
Presentóse un colorin,  
Y cantando con voz seria,  
Preguntó por la Siberia,  
Cuando estaba en su confin.

### III.

Una vieja preguntó  
A otra qué años tenia,  
Y al momento respondió,  
Cuando Pelayo vivia:  
Yo no conocí á Pelayo,  
Replicó al punto Camila,  
Pero traté mucho al ayo  
De su hijo Don Favila.

### IV.

Un hombre muy enfadado  
Desafió no sé á qué,  
A otro, no sé por qué,  
En la plaza del mercado:  
Pepita que esto observó  
Los llamó al punto á su lado;  
Al uno dióle un recado  
Y al otro se le llevó.

---

III.

Una vieja pregunta  
A otra que años lenta,  
Y al momento respondio,  
Cuando Pelayo vivia:  
Yo no conocí a Pelayo,  
Replicó al punto Genua,  
Pero usó mucho el ojo  
De su hijo Don Favian.

IV.

Un hombre muy entusado  
Desafió no sé a qué,  
A otro, no sé por qué,  
En la plaza del mercado:  
Pegaba que esto observó  
Los llamo al punto á su lado:  
Al uno dióle un recado  
Y al otro se lo llevó.

INDICE.

| <u>Fábulas.</u>                     | <u>Páginas.</u> |
|-------------------------------------|-----------------|
| I. Congreso de los Animales.....    | 9               |
| II. El Hombre y la Escalera.....    | 15              |
| III. Las Piedras y el Arroyo.....   | 17              |
| IV. El Leon y las Fieras.....       | 19              |
| V. El Alamo y la Yedra.....         | 24              |
| VI. La Zorra en el rio.....         | 26              |
| VII. La Pluma y el Papel.....       | 29              |
| VIII. Los Lobos con hambre.....     | 32              |
| IX. El Perro de caza.....           | 35              |
| X. El Pintor.....                   | 37              |
| XI. El Hombre y la Mosca.....       | 38              |
| XII. Los Perros y el Lobo.....      | 39              |
| XIII. Las Monas jugando.....        | 41              |
| XIV. El Perro y el Gato.....        | 43              |
| XV. Las dos Rosas.....              | 45              |
| XVI. Los Cazadores.....             | 48              |
| XVII. El Perro y el Raposo.....     | 50              |
| XVIII. El Vencejo y el Gorrion..... | 54              |
| XIX. Los Arrieros.....              | 56              |
| XX. El Brillante.....               | 58              |
| XXI. El Cuco.....                   | 59              |
| XXII. Los Perros y el Labriego..... | 61              |
| XXIII. La Impiedad.....             | 66              |

|  |     |
|--|-----|
| XXIV. El Amo y el Criado.....            | 68  |
| XXV. La Sombra.....                      | 70  |
| XXVI. La Silla y la Butaca.....          | 72  |
| XXVII. La Zorra y el Lobo.....           | 75  |
| XXVIII. El Casamiento de la Mona.....    | 77  |
| XXIX. La Huérfana y la Providencia.....  | 81  |
| XXX. La Estátua de la Comedia.....       | 84  |
| XXXI. El Lobo y el Pollino.....          | 86  |
| XXXII. El Insulto.....                   | 89  |
| XXXIII. El Mono Retratista.....          | 90  |
| XXXIV. El Juego de la Rayuela.....       | 92  |
| XXXV. El Loco y el Podenco.....          | 95  |
| XXXVI. La Revolucion de los Ratonés..... | 96  |
| XXXVII. Los Bueyes y el Caballo.....     | 98  |
| XXXVIII. El Genio.....                   | 102 |
| XXXIX. El Concierto.....                 | 105 |
| XL. La Zorra, el Conejo y su sombra..... | 106 |
| XLI. El Sastre y el Aprendiz.....        | 109 |
| XLII. El Perro de Confianza.....         | 115 |
| XLIII. El Cabo y el Soldado.....         | 115 |
| XLIV. Los dos Pollinos.....              | 116 |
| XLV. El Hombre y la Zarza.....           | 119 |
| XLVI. El Estudiante y el Grillo.....     | 121 |
| XLVII. La Lisonja.....                   | 125 |
| XLVIII. La Malva y la Ortiga.....        | 124 |
| XLIX. La Zorra y la Tempestad.....       | 126 |
| L. El Garduño y las Gallinas.....        | 128 |
| LI. La Loba y los dos Hombres.....       | 130 |
| LII. El Lobo con piel de Oveja.....      | 132 |

|  |     |
|--|-----|
| LIII. El Hombre y el Reló.....                         | 133 |
| LIV. Los Dos Pillos.....                               | 135 |
| LV. El Mono y el Gato.....                             | 136 |
| LVI. El Trompo y la Peonza.....                        | 138 |
| LVII. La Mona burlada.....                             | 140 |
| LVIII. El Raton chismoso.....                          | 141 |
| LIX. El Cura de la Aldea.....                          | 143 |
| LX. El Mono y los Muchachos.....                       | 145 |
| LXI. Los Zorros y la Raposa.....                       | 147 |
| LXII. El Caballo de la Plaza de Oriente.....           | 149 |
| LXIII. El Galgo y la Liebre.....                       | 151 |
| LXIV. El Rústico y el Letrado.....                     | 154 |
| LXV. El Zorro, la Gallina, el Aguila y el Cazador..... | 157 |
| LXVI. La Zorra de espía.....                           | 159 |
| LXVII. El Ciego y el Lazarillo.....                    | 161 |
| LXVIII. El Zorro y la Raposa.....                      | 164 |
| LXIX. El Trigo blanco y el Centeno.....                | 167 |
| LXX. Los Médicos y el Enfermo.....                     | 169 |
| LXXI. El Gato y el Gallo.....                          | 171 |
| LXXII. El Cazador y el Perro.....                      | 174 |
| LXXIII. Los Zorros, la Raposa y las Monas.....         | 177 |
| LXXIV. El Rico y el Mendigo.....                       | 179 |
| LXXV. El Gordo y el Flaco.....                         | 181 |
| LXXVI. El Desafío y el Duelo.....                      | 182 |
| LXXVII. El Cinife ó Mosquito.....                      | 184 |
| LXXVIII. El Soldado, el Caracol y los Ladrones.....    | 186 |
| LXXIX. El Sable y la Vaina.....                        | 189 |
| LXXX. El Padre y el Hijo.....                          | 191 |
| LXXXI. El Aguila y la Culebra.....                     | 193 |

|   |     |
|---|-----|
| LXXXII. La Zorra y las Pulgas.....              | 195 |
| LXXXIII. El Espejo.....                         | 197 |
| LXXXIV. El Zorro y el Conejo.....               | 199 |
| LXXXV. La Corrida de Caballos.....              | 201 |
| LXXXVI. Los Aldeanos y el Carnaval.....         | 203 |
| LXXXVII. El Hierro y el Acero.....              | 205 |
| LXXXVIII. El Ciego y las Ranas.....             | 206 |
| LXXXIX. El Gato con cascabel.....               | 207 |
| XC. El Escardador y el Aguila.....              | 210 |
| XCI. El Sastre y las Tijeras.....               | 212 |
| XCII. El Perro rabioso.....                     | 214 |
| XCIII. El Cojo y el Ciego.....                  | 216 |
| XCIV. El Gato y el Canario.....                 | 218 |
| XCV. La Cotorra.....                            | 220 |
| XCVI. El Zapatero y el Mono.....                | 222 |
| XCVII. El Caracol, el Hortelano y la Berza..... | 225 |
| XCVIII. Los Caminantes.....                     | 227 |
| XCIX. El Criado Sison.....                      | 229 |
| C. El Labrador.....                             | 232 |
| CI. El Muchacho; el Hortelano y las Peras.....  | 234 |
| CII. La Empleomania.....                        | 237 |
| CIII. La Critica.....                           | 240 |
| Acrósticos á la Inmaculada Concepcion.....      | 242 |
| Epitafios.....                                  | 244 |
| Epigramas.....                                  | 246 |

